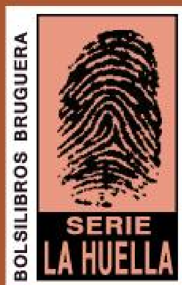


SILVER KANE

MIS AMIGOS ME LLAMAN "EL HIENA"


COLECCION
LA HUELLA
eb

SILVER KANE

MIS AMIGOS ME LLAMAN "EL HIENA"

Colección LA HUELLA n.° 17
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2
Depósito legal: B 47118-1974

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición en esta Colección: enero, 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

Capítulo primero

No sé si ustedes han oído hablar de mí. Por si no me conocen, me presentaré respetuosamente. Pero, ante todo, un consejo:

Tápense las narices.

¿Se las han tapado? Bueno, pues ahí va eso: me llamo John Marciano Kenton, pero todos me llaman Hiena. Debe ser por abreviar. Figuro en la plantilla de la policía metropolitana de Nueva York con el grado de teniente y mando sobre unos sesenta hombres, entre agentes, secretarios, chivatos, tiradores especiales, lameculos, archiveros y especialistas en interrogatorios. Sesenta hombres son bastantes, pero ni uno de ellos me saluda cuando entro en la oficina, cuando nos cruzamos en un restaurante o cuando nuestras manos se encuentran, porque resulta que los dos vamos a pellizcar a la misma chica. Soy el perro sarnoso más purulento de todas las brigadas que tiene la metropolitana, desperdigadas por los estercoleros de la ciudad. Cuando voy a cobrar, el cajero me da el sobre con guantes. Cuando entro en el despacho de algún jefe, éste pide a gritos que le dé una careta antigás. Cuando entro en la cantina del precinto, me echan el *whisky* con manguera para que así no me acerque.

Y, sin embargo, soy un tipo sociable.

Me porto bien con todo el mundo. Sé comprender las flaquezas de mis hombres. Soy como un padre para ellos.

Hay algunas excepciones que confirman la regla, claro.

Por ejemplo, el esternón que le rompí a Cramer, de un puñetazo, cuando supe que había estado con una chica mientras un gang actuaba en su sector de la calle Doce.

O las seis semanas de hospital que tuvo que guardar Hammond, cuando mataron a un testigo ante sus narices sin que él se atreviera

a sacar el revólver porque los otros eran más.

O la pierna que le rompí por tres sitios a Wallace, cuando dejó escapar a un ladrón llamado El Plores porque resultó que era su amiguito.

Pero eso son pequeños detalles.

Normalmente, da gusto tratar conmigo.

Cuando patrullo por según qué calles, todo el mundo me saluda. Mencionan a mi padre y a mi madre desde las ventanas. Veo mi cara pintada en los cubos de basura. Una vez soltaron en pleno Greenwich Village un cerdo que llevaba mi nombre pintado en el lomo. Han intentado atropellarme con camiones de desperdicios, una docena de veces.

Todo eso por tonterías sin importancia: porque he deshecho bandas de violadores de chicas, cuyos miembros han tenido que ir directamente, de mis puños, al pulmón de acero. Porque cada vez que absuelven a un delincuente por falta de pruebas, lo agarro a la salida del tribunal y lo envío, a golpes de culata, al otro lado del Hudson. Porque soy rápido con el gatillo y porque casi nunca tiro a las piernas, si el otro va armado. Y porque a algunos fulanos los he llevado ante el fiscal del distrito, arrastrándolos por los pies, para que dijeran todo lo que sabían.

En según qué sitios de Nueva York, ése es un mal sistema. Resulta más cómodo poner la mano para que la unten, como hacen algunos de mis compañeros. O no enterarse de que en un sótano han ultrajado a una chica, porque ese sótano había sido alquilado a la banda por un pez gordo que es amigo del jefe. O no desafiar a según qué círculos políticos. O no querer saber el nombre de según qué muertos. O respetar a según qué miembros de la ONU, que trafican con drogas valiéndose de su valija diplomática. A más de uno, procedente de Oriente Medio, le he cambiado la dentadura de sitio, lo cual me ha valido amenazas de que iban a degradarme y convertirme en policía de tráfico.

Sí, amigos, hay muchas cosas que no marchan en una ciudad donde el enorme crecimiento ha hecho perder la moral; donde constantemente se habla del éxito como única norma de vida, y donde cada jefecillo de banda se cree un rey. Por eso tuve que imponer mano dura en mi sector y hasta en el sector de los otros. Pero las cosas no me hubiesen ido del todo mal si yo no hubiera

arrojado desde un segundo piso a aquel pez gordo que en su habitación del hotel tenía drogada a una niña.

A partir de entonces, me hundieron en el peor precinto de Nueva York.

¿Saben ustedes?

Uno no puede atacar a según quién.

Sobre todo, si representa intereses petrolíferos. Y si figura como delegado de la ONU es intocable. Su voto influye en las grandes decisiones. Por lo tanto amenazaron con degradarme, pero como el fulano que había dado el gran salto se curó, pude salir relativamente bien librado y se limitaron a trasladarme a un precinto de Harlem, cerca del río del mismo nombre. ¿Mi misión? Evitar que se peleasen los vagabundos. Eso quiere decir que tenía que pasarme el día y la noche recibiendo salivazos en la cara y tratando de imponer paz, a puñetazos, en las esquinas.

Pero, en fin, les explicaré cómo empezó todo el jaleo.

Aquella noche, por casualidad, tenía un cierto reposo.

Estaba con los pies sobre la mesa de mi despacho.

Mi despacho es muy lujoso, como ustedes podrán comprobar si algún día me visitan. Han trasladado a él lo mejor de los otros precintos de la ciudad.

Tengo una mesa que descubrieron en un desván de la casa de Abraham Lincoln.

Una silla, cuyas patas no caen porque yo cuido de reforzarlas continuamente con chicle.

Una escupidera que me sirve de cenicero.

Un retrato del presidente Nixon, debajo del cual algún bromista ha escrito: «Se busca».

Me encontraba lo que se dice muy bien, pues, en aquel ambiente confortable y hogareño, oyendo tras la puerta las voces de mis subordinados, que eran para mí como una amada familia, cuando el sargento Brooke entró en mi despacho y gritó:

—¡Teniente!

Desperté. Me había adormilado con la revista de las chicas en corsé, sobre las rodillas.

—¿Qué hay, Brooke?

—Una bronca en el muelle Dos.

El muelle Dos de mi zona corresponde al río Harlem, Es un lugar

oscuro y siniestro, donde sólo un loco se metería de noche. Hice un gesto aburrido y dije:

—Bueno, que vaya un coche patrulla.

—Nada de coche patrulla. Recuerde las órdenes, teniente. Le enviaron aquí para que las broncas las arreglara usted. Tiene que hacer méritos.

Demasiado sabía yo que en aquel precinto estaba castigado, y que lo que querían mis jefes era que acabaran abriéndome la tripa en cualquier callejón. De modo que me levanté, envié por los aires la revista, le pegué un mandado a la botella de *whisky*, di a Brooke un empujón tan cariñoso que atravesó la puerta del lavabo y quedó sentado en el W. C., atravesé la puerta y fui preguntando a cada uno de mis agentes, con la mayor amabilidad, el nombre de su padre.

Vamos, como siempre que tenía que salir.

Ya ven ustedes que soy un hombre de los que saben aceptar con alegría su trabajo.

Salí para enfrentarme al frío de la noche. Nueva York es una ciudad donde, a veces, el cierzo le pela a uno los huesos. Ni el blizzard de Montana le sienta a uno peor. Me metí en el coche patrulla y pregunté a Joe, el conductor, cuándo había empezado la bronca.

—Ni dos minutos, jefe. Nos acaban de avisar por teléfono. Y de aquí al muelle Dos, hay un minuto escaso.

—Pues arrea.

Mientras rodábamos, los cristales del coche me devolvieron, a medias, mi imagen. A mis treinta años podía estar aún peleando en un *ring*, pues conservo toda la potencia de mis músculos. Pero como los músculos me han dado tantos disgustos, los uso poco. Tengo el pelo rubio y la nariz recta. Mi boca está bien proporcionada, y algunas chicas dicen que beso de primera, pero ahora estoy retirado del servicio. No me fío de ninguna desde que, últimamente, las dos que se liaron conmigo eran dos confidentes. Tengo una buena estatura y uso siempre prendas bastante deportivas. Empleo colonia de buena calidad, quizá para que no se note tanto mi olor a perro sarnoso.

Llegamos al muelle Dos sin hacer sonar la sirena.

Es mi costumbre.

La sirena sólo sirve para advertir a los delincuentes: «¡Hala, largo, muchachos…! Daos prisa en acabar de apuñalar a ése, porque ya estamos llegando…».

Dije a Joe:

—Tú quédate aquí. Cuidado con venderte el coche patrulla.

Y me hundí entre las sombras.

Vi la bronca.

O, mejor dicho, el asesinato.

A lo lejos brillaban las luces, un poco siniestras, del río Harlem.

Y más cerca de allí estaban los tres hombres. Iban a liquidar a un mendigo andrajoso, después de haber cosido a puñaladas a otro.

En apariencia, una asquerosa bronca de los bajos fondos, o quizá algo peor: un asalto a dos mendigos para robarles. Porque hay cerdos con la piel tan dura, que son capaces de matar por obtener tan sólo unas monedas.

Total, un trabajo que podía considerarse rutinario para un buitre como yo.

Me acerqué.

Y obré con la máxima diplomacia, como es mi costumbre.

Sujeté por la espalda a uno de los que ya iban a asestar la puñalada.

Lo envié a las aguas del río Harlem.

Dije:

—RIP.

Supuse que el fulano podría nadar con un solo brazo, pero, en todo caso, ése era un asunto que me importaba muy poco.

Luego vi que el otro venía hacia mí.

Y eso me pareció extraño.

A mí se me conoce muy bien en el barrio. Se me aprecia en todas partes. Hasta las mamás llevan ya flores al sitio donde, el día de mañana, estará mi tumba.

Por eso, la sola llegada de la Hiena ya suele acabar con las broncas más difíciles. La gente se escapa como puede; yo rompo unos cuantos huesos, y en paz. Pero esta vez, uno de aquellos fulanos me atacó. Vino a matar. Y no con el cuchillo, precisamente, sino que extrajo una «Luger» de uno de sus bolsillos.

Así empezó aquella maldita aventura de la que, durante tanto tiempo, tendría que acordarme.

Así empezó todo.

CAPÍTULO II

Al buitre aquél no le importaba meter ruido. Me lo estaba demostrando, al sacar la «Luger» y tratar de encañonarme. Por eso, dominada mi sorpresa inicial, pasé al contraataque.

No lo entendía.

Nadie quiere cargar con la muerte de un teniente de policía, a menos que sea absolutamente necesario. Por lo tanto, algo importante se ventilaba allí.

Moví la pierna derecha.

Aticé un buen punterazo a la «Luger».

La vi volar por los aires.

Tendí las zarpas hacia el dueño de aquel instructivo artefacto.

Quise dejarle sin sentido, pero me temo que le partí el cuello. Tal vez le zarandeé demasiado fuerte. O quizá, tuvo la culpa el enorme bloque de hierro contra el cual le golpeé dos veces. Yo no tengo la culpa de que el hierro que se emplea en los muelles de Nueva York siga siendo de tan buena calidad, ¡caramba!

El caso es que se me deshizo como un flan.

Fui a por el otro.

Éste también había sacado una «Luger». Y como tenía ventaja sobre mí, porque yo había debido dedicarme al otro, apretó el gatillo dos veces.

Incluso, contra un teniente de policía. Por lo tanto aquello era más serio de lo que había parecido al principio.

Más tarde me enteré de que Joe, desde la radio del coche, daba la buena noticia al precinto. Como había oído los dos disparos y sabía que yo no usaba una «Luger», gritó:

—¡Muchachos, han matado al Hiena! ¡Comprad unas cuantas botellas! ¡Yo pago!

Pero la verdad es que las balas solamente me habían rozado, porque el buitre que disparó contra mí estaba demasiado nervioso. Los plomos produjeron un par de silbidos alucinantes al chocar contra el hierro donde se había aplastado la cabeza del otro. Yo empuñé mi bull-dog, o revólver de cañón corto con el que tantas paces eternas he dado, pero no me atreví a tirar a pesar de que ahora la ventaja era mía. Necesitaba capturar vivo a aquel tipo.

Moví la pierna derecha.

Hubo suertecilla.

Le cacé en el bajo vientre.

El aullido de aquel macho, que estaba a punto de dejar de serlo, debió oírse desde el otro lado del rió Harlem.

Y le aticé otra vez. Se arrugó hecho un flan, a mis pies, y lo sujeté por el cuello para arrastrarlo sobre las sucias tablas del embarcadero.

Vi de nuevo que eran dos los hombres atacados.

Uno estaba muerto.

Le habían cosido, materialmente, a puñaladas.

Y yo acababa de reconocerle.

Dije, con una voz en la que parecía ahogarse mi propio asombro:

—Rayan…

CAPÍTULO III

Rayan me había abierto la puerta de su despacho, aquella mañana luminosa, y me había mostrado aquel fabuloso imperio que tenía en el mejor sitio de Nueva York, en la Cuarta avenida, en un piso setenta, desde el que se dominaba todo el bullicio de la ciudad y todo el esplendor de la bahía, hasta el remoto Puente Varrazzano.

—He venido, sólo para los trámites de su permiso de residencia —le había dicho yo—. El gobernador de Nueva York tiene el máximo interés en que no se le moleste. Con sólo llenar este impreso que le traigo, todo quedará resuelto.

Ya entonces, cuando conocí a Rayan, a mí me empleaban como chico para recados. En la brigada no sabían cómo humillarme.

Rayan me hizo pasar a su fantástico despacho privado. Tenía forma de triángulo, con la base enfrente de su mesa. Desde allí, uno tenía la sensación de que, extendiendo la mirada, podría llegar a ver hasta las costas de Europa, al otro lado del Atlántico. Las paredes estaban llenas de retratos iguales, con las caras de los jefes de Estado árabes. Desde Sadat a Hussein, allí no faltaba nadie.

—Voy a representar intereses petrolíferos aquí —me dijo amablemente Rayan, mientras me tendía un vaso con *whisky*—. Negociaré con las grandes compañías, como la Esso o la Texaco, en nombre de los países árabes.

Y me dijo, como quien no quiere la cosa:

—Es un asunto de millones de millones. No sé si se dará cuenta.

Claro que me daba cuenta.

—Tengo hermosas secretarias —me dijo Rayan—. Ellas pueden ayudarle a llenar los papeles, si usted tiene dificultad.

Y oprimió un botón de su mesa.

Casi media pared se iluminó.

Resultó que era una enorme pantalla de televisión. Y en circuito cerrado. Y en color. Y resultó que desde allí se controlaba la habitación donde estaban las secretarias.

Musité:

—¿El harén?

—¿Por qué?

—Nunca he visto tantas bellezas juntas. Ni tan desocupadas.

En efecto, las muchachas mascaban chicle, en los divanes. Se tensaban las medias perezosamente. Se maquillaban unas a otras. Se probaban combinaciones. Se mataban de trabajar, vamos, durante horas laborables.

Rayan desconectó.

—Lástima —dije.

—¿Le parecen bonitas?

—Perfectas…

—Pues ya le he dicho que pueden ayudarle a llenar esos impresos, si usted quiere. Elija la que le plazca. Todas saben mecanografía, taquigrafía, dos idiomas…

—¡Narices! —Eructé.

—¿Por qué dice eso?

—Porque necesito que sepan, además, otras cosas.

—Todas saben «otras cosas», Hiena —dijo tranquilamente Rayan.

Aquel inmigrante multimillonario, podrido de oro, rodeado de mujeres, ubicado en un despacho ostentoso, conocía el apodo con el que yo me arrastraba por los suburbios de Nueva York. No sé por qué, aquello no me gustó. No me gustan tampoco los hombres que me ofrecen sus mujeres, porque estoy siempre seguro de que, a cambio de eso, van a pedirme algo.

—Los impresos están llenos, señor Rayan —dije pacientemente —. Usted no tiene más que firmar. Cuando a un irlandés que acaba de instalarse en Nueva York, el propio gobernador le envía a un teniente de policía para que él no tenga que molestarse, es que el irlandés es un pájaro importante.

Rayan sonrió.

—Verá… —dijo—. Yo no soy irlandés, sino árabe. Profeso la religión hachemita. Merezco la confianza de los «hombres fuertes» de todos los emiratos, por lo cual puedo hacer que la cifra de

negocios de las grandes compañías se incremente. En fin, puedo ayudar a que se esfume un poco la crisis del petróleo en su país. Por eso el gobernador tiene tantas atenciones conmigo. ¿Dónde he de firmar?

—Aquí. Sírvase.

Yo mismo le di mi estilográfica. Y por poco le pincho con el plumín.

Cuando quiero, soy un tipo fino.

—Aquí está, señor John Marciano Kenton —dijo, devolviéndome el papel—. ¿Todo conforme?

—Observo que ya no me llama Hiena…

—Perdone si le he ofendido, pero he pedido informes, al saber que vendría usted. Por lo visto hay mucha gente en Nueva York que le conoce.

—Sí —dije—, pero donde mejor pueden hablarle de mí es en los cementerios. ¡Adiós, señor Rayan!

* * *

En fin, Rayan había representado para mí toda la riqueza de este mundo, el placer, todo el poderío que el dinero puede dar. Nunca había estado —en mi vida miserable de policía de los suburbios—, tan cerca de un tipo que hubiese llegado tan alto. Y he aquí que pocas semanas más tarde yo me lo encontraba cosido a puñaladas en un fétido muelle del río Harlem, vestido como un oficinista y alimentando con su sangre a los gusanos que devoraban las tablas. Era inexplicable. Y tan inexplicable como su muerte era que Rayan hubiera descendido a aquel nivel inferior, que nunca le correspondería.

Me di cuenta, de pronto, de que aquello era muy grave.

Algún vagabundo de los que merodeaban por allí habría visto el ataque contra los dos hombres y había telefoneado al precinto, pensando hacernos un favor que luego ya trataría de cobrarse de algún modo.

Me volví hacia el forajido, al que mantenía sujeto por el cuello.

Era mi única pista.

Le haría hablar.

Le metería la cabeza en el agua cuantas veces hiciera falta, y le haría beberse todo el río Harlem si no me soltaba todo lo que yo

estaba dispuesto a oír.

Pero, entonces, tuve otra nueva sorpresa.

Quedé helado.

Tan helado como el fulano al que yo sujetaba.

Porque mis manos estaban tocando a un muerto.

Lo solté, poco a poco, mientras notaba que mi cara iba palideciendo. Por un momento pensé que lo había matado yo.

Pero no, no era cierto. Nunca atizo tan fuerte, cuando me interesa tener un testigo. Y, por otra parte, unos golpecitos en plan de masaje en… bueno, «allí mismo», tampoco suelen matar a nadie. Por lo menos no suelen matar, de momento.

Mi asombro era total, pero eso no me impedía pensar. Abrí un poco la boca del fulano y entonces descubrí la clave. Había aún unos residuos de cristal muy delgado, en su boca. El fulano se había tragado el veneno de una ampolla que tenía preparada para un caso semejante.

Le miré, aterrado.

Aquello me parecía más importante cada vez.

Uno no se suicida más que en misiones de espionaje, o de guerra, de la mayor importancia. No existía motivo aparente en aquel caso, que, al principio, había tenido el aspecto de un asalto vulgar. Realmente no lo comprendía.

Pero, al menos, tenía a un testigo con vida.

Era el otro fulano atacado.

El que se disponían a acuchillar, cuando yo llegué.

Estaba casi sin sentido y gemía entrecortadamente, pues le habían golpeado con saña antes de disponerse a coserlo a puñaladas. Pero, por supuesto, podría hablar. Me acerqué a él.

Nunca he visto un tío tan pringoso.

Hedía.

Era una pura caca.

No sé si ustedes se harán cargo. Para ganarme el sucio pan que se comen mis queridas, he tenido, a veces, que sacar muertos que llevaban dos semanas pudriéndose en una alcantarilla de Nueva York. Y les aseguro que estaban más limpios que el fulano al cual tenía yo delante de los ojos.

La miseria total de aquel buitre, no era cosa de semanas. Era de meses. Menos mal que era de noche y estábamos en invierno,

porque, en caso contrario, hubiese llegado acompañado por millones de moscas.

Susurré:

—¿Cómo te encuentras?

—No…, no me han dado.

—¡Oye…!, tú no eres de mi distrito.

—No…

—¿Qué hacías aquí?

No me contestó.

Se limitó a balbucir una pregunta:

—¿Qué ha sido de… de «él»?

—Ha muerto.

Cerró los ojos.

Nunca he visto un vagabundo con tanta expresión de desolación, de miseria; de absoluta tristeza.

—¿Le conocías? —musité.

—Sí. Se llamaba Mott.

—¡Cerdo, hijo de perra! —dije, cariñosamente.

No puede decirse que yo sea un Kissinger, o algo así. La diplomacia no es mi fuerte. Ante la evidencia de que aquel tipo me mentía, estuve a punto de partirle la boca.

—¡Muchacho! —dije luego, con un poco más de calma—, has tenido mala suerte. Existían sólo dos posibilidades contra mil de que un hambriento policía como yo, conociera personalmente al multimillonario Rayan, pero da la casualidad de que yo le conocía muy bien. Y ese pájaro es Rayan. Y como su muerte no es lógica, ni mucho menos, en un sitio como éste, vas a cantar ópera. Andando: ¡la dona e mobile…!

Y yo mismo empecé. El tío me miraba, aterrado.

Debía pensar que lo menos que se puede tener es un poco de respeto para los muertos.

—¡Por Dios…! —balbució—. Deme un poco de respiro.

—Lo que voy a hacer es llevarte a la brigada.

—No he matado a nadie. Esto sería detención ilegal…

—Tú sabes bien que puedo interrogarte como testigo, y que, además, puedo detenerte por vagabundo. Seguro que no llevas documentos.

—No…

—Pues entonces más vale que colabores, amigo. De lo contrario, voy a hacer algo que no soportarás.

—¿Qué?

—Meterte en una bañera. Y darte una pastilla de jabón.

Y fui en busca del coche patrulla que estaba detrás de un fétido caserón de madera, apenas a veinte yardas. Necesitaba que Joe llegase hasta el mismo borde del río para iluminarlo bien todo, con sus faros, antes de marchamos.

Fue mi error.

Aunque, cuando lo pienso, me doy cuenta de que el vagabundo no tenía ninguna posibilidad de huida. Cualquiera, en mi lugar, lo hubiese dejado medio minuto en las tablas. Si se lanzaba al río lo hubiéramos atrapado igualmente.

Por eso fue tan absoluta mi sorpresa cuando volví en el coche patrulla.

Joe había lanzado un par de maldiciones al ver que yo estaba vivo. Pero obedeció como un corderillo, cuando le dije que fuese hasta el borde mismo del Harlem.

—Teniente… —balbució.

Yo me di cuenta de lo mismo que él. Lo que estábamos iluminando con los faros era una carnicería, pero el vagabundo ya no se encontraba allí. Se había dado el piro. Los dos minutos de que dispuso, los había aprovechado bien.

Pero no podía estar lejos.

Peor para él, si presentaba problemas.

¿Sería de verdad, su dentadura?

Bueno, todo era cuestión de probarlo.

—Por allí —dije a Joe—, pero apaga los faros.

—¡De acuerdo, teniente!

Y avanzó.

Pero el callejón era demasiado estrecho, para nuestro bólido. El morro casi destrozó las paredes de los lados. Se produjo un chirrido, y el motor se caló.

Mi maldición debió oírse en Madagascar.

—Iré a pie —dije.

Salí, pasé por encima del techo del vehículo porque éste obstruía la entrada del callejón y me lancé hacia adelante. Segundos después, estaba en una plaza bien pavimentada donde empezaba la

parte civilizada del muelle.

Y allí vi que el vagabundo subía a un coche.

Un «Cadillac» color esmeralda.

Ahogué una maldición y eché mano al revólver, inmediatamente. Aquello lo resolvía yo con dos golpes de gatillo.

Pero algo me detuvo.

Las piernas de la chica.

Las fabulosas piernas de aquella especie de diosa.

La muñeca más preciosa que yo había visto en Nueva York y contra la que sabía que no iba a poder disparar nunca.

CAPÍTULO IV

Esas indecisiones, aunque duren sólo un instante, suelen acabar muy mal. Mientras miraba a la chica que abría la portezuela para que el mendigo entrase, perdí unos segundos preciosos. Cuando reaccioné, el magnífico «Cadillac» ya se estaba largando.

Nada más fácil para mí que seguirlo, si hubiese tenido el patrullero allí cerca, pero ya he dicho que había quedado encallado a la entrada del angosto callejón. Y nada más fácil, también, que disparar contra los neumáticos, pero la verdad es que no podía distinguirlos. El coche se había largado con las luces apagadas y la oscuridad más completa se enseñoreaba de aquella parte del río Harlem.

Lanzando maldiciones, volví junto al coche patrulla. Joe, poniendo marcha atrás, había logrado desatascarlo de allí, aunque dejando toda la parte delantera hecha un higo. Le hice una seña para que volviéramos al precinto.

Aquello estaba peor que nunca.

Acababan de hacer una redada de invertidos.

Un par de ellos se fijaron en mí y me hicieron la mar de promesas, si les dejaba libres. Les acaricié un poco, y fueron directamente al botiquín de urgencias. Una chica drogada vomitaba en un rincón y tuve que calmarla de la mejor manera posible. Dentro de una celda, dos navajeros, que habían logrado ocultar sus armas, se lanzaban rabiosamente uno contra el otro y tuve que emplear a mis dos hombres más selectos, el Gorila y el Potro Loco, para separarlos.

Todo eso había ocurrido durante unos pocos minutos. Cuando al fin hubo una relativa calma en el precinto, penetré en el despacho, le pegué un buen envío a la botella y llamé directamente al jefe de

la policía metropolitana. No fue fácil conectar con él, porque al saber quién le llamaba no quiso ponerse, al principio. Dijo que luego tendría que pasar por la desinfección municipal.

El jefazo me debió escuchar con los ojos dilatados por el asombro.

Era evidente que no podía creerlo.

—¿Rayan en una pelea de mendigos, que acabó a navajazos? —balbució—. ¡Eso es imposible! ¡Rayan maneja una fortuna evaluada en centenares de millones!

—Por eso le he dicho que el asunto es mucho más importante de lo que parece. Tampoco a un vagabundo que huye, se lo llevan en un «Cadillac» de veinte mil dólares. Ni a un teniente de policía lo atacan a tiros, por una riña callejera.

—Marciano, ha hecho bien en llamarme directamente —susurró el jefe.

—Pues debe ser la primera cosa que hago bien en mi vida, porque oiga…

—Ni una palabra a nadie de todo esto. No sé si usted sabe que Rayan representaba a ciertos potentes grupos de presión, interesados en negocios de petróleo.

—Claro que lo sé. Como mucha gente, en Nueva York.

—Esto puede originar un conflicto internacional y una auténtica caída en picado de las acciones de ciertas compañías. Por lo tanto, nadie va a saber que el muerto es Rayan. Obraremos como si, efectivamente, fuesen unos vulgares vagabundos los que han muerto. Usted los registra antes de hacer el traslado, y se lleva la documentación. Voy a encargar a los mejores detectives de la ciudad para que investiguen eso.

—¡Oiga, jefazo, que el asunto lo he empezado yo…!

—De acuerdo, pero usted no puede terminarlo, Marciano Kenton. Usted no es más que un perro rabioso al que dejamos suelto, de vez en cuando, en los callejones más fétidos de la ciudad. Por lo tanto, limítese a hacer lo que haría con unos vagabundos muertos en riña, y ni una palabra a nadie. Cuelgo.

—¡Guau! —dije.

Y colgué yo también.

Salí con otro coche patrulla, hacia el lugar de la pelea.

Unos cuantos agentes de mi precinto habían ido llegando,

mientras tanto. La ambulancia ya estaba también allí. Las luces parpadeantes teñían de siniestros tonos morados y violetas las aguas del río Harlem. Sólo media docena de curiosos se habían acercado para presenciar el traslado, pero se les mantenía a distancia con las porras.

Un sargento llamado Oakland se acercó a mí.

—¿Algo especial con ellos, teniente?

—No. Simplemente son unos vagabundos. Llevadlos al pudridero más próximo.

Pero antes los registré, claro. Vi que todos llevaban unos documentos más falsos que Judas. Hasta un tipo como yo, que no soy un experto, lo pudo notar a la primera. Me lo guardé todo, así como su dinero, y fui hacia el lugar donde había visto desaparecer el «Cadillac».

Dos hombres me acompañaban, ahora, con sus linternas. Pude notar que las huellas de los neumáticos no se marcaban prácticamente nada, porque mientras tanto habían caído unas gotas. Por allí no sacaría ninguna pista. Pero, en cambio, encontré algo en el lugar aproximado en que la chica había puesto los pies en el suelo, para abrirle la portezuela al vagabundo. Allí, en el cemento, había un poco de alquitrán procedente de alguna embarcación. Y un tacón de la muchacha se había marcado, precisamente, en la mancha.

Era un tacón fino y estrecho.

Más que los que se usan normalmente ahora.

Aquello podía ser una pista, aunque débil. Puesto que yo no podía seguirla, ya que de ello se encargarían «los mejores detectives de la ciudad», me limité a tomar medidas muy exactas, con un bolígrafo milimetrado que uso normalmente y a dibujar la forma del tacón, en un papel, de tal modo, que para mí fue como si hubiese sacado un molde. Luego guardé aquello y volví al sitio donde estaban los muertos. Un periodista del Times se había descolgado, no sé cómo, por allí. Había que ver el olfato que tenía el tío.

Me puse de modo que no pudiera ver los muertos.

—Abrevien —gruñí.

—¿No los acompaña a la Morgue, teniente? —me preguntó.

—No veo la necesidad. Son unos vagabundos.

—Pero ha habido tiros…

—Hay tiros en todos los sectores de la ciudad. Siento no poder decirle nada, Wallace. Ya ve… La miseria de cada noche.

El tío se largó convencido y yo fingí que volvía al precinto cuando la ambulancia hubo evacuado los fiambres. Pero la seguí, empleando otras calles y llegué a la Morgue casi al mismo tiempo, sólo para cerciorarme de que, en efecto, se les trataba como a unos vagabundos desconocidos y vulgares.

Pero en la Morgue también me recibieron bien. Por lo menos me recibió bien Nickleman, uno de los vampiros que se mueven por allí. Estaba haciendo una autopsia.

CAPÍTULO V

Poco después de las nueve, y cuando ya había terminado mi turno de guardia en el precinto, me desperecé y abandoné aquel despacho donde tan bien se estaba y que tanto ambiente familiar tenía.

Tomé un periódico de la máquina automática.

Eché un vistazo.

Sólo dos líneas, en la sección de sucesos. Una riña entre vagabundos, en el río Harlem, con varios muertos sin identificar aún. Y un breve comentario preguntando de qué cuerno se ocupaba la policía.

Yo también arrastraba los pies, cuando llegué de nuevo a la Morgue. Me sentía hecho polvo después de tantas y tantas horas de zumbar por la ciudad. Fui al sitio donde habían dejado los fiambres.

Pregunté a Wilbur por los de la noche anterior.

Wilbur es una especie de jefe de registro, que entra a trabajar a las siete de la mañana.

—¡Ah…! —dijo—. Si… Los vagabundos sin identificar. ¿Es que tienes algún interés personal en esto, Hiena?

—No, ninguno… Es sólo por saber si hay algo nuevo, ya que el hecho ha ocurrido en la zona de mi precinto.

—Pues tendrás menos trabajo, porque ya han identificado a uno.

—¿Queeeeé?

—Sí. Y los parientes se lo han llevado.

Lancé una salvaje maldición.

—Quiero ver los fiambres —dije—. ¡Y ahora!

—¿Qué pasa, Hiena? ¿Necesitas hacer boca, antes de desayunar?

—Te he dicho que quiero ver los fiambres. ¡Y ahora!

El tío me los mostró. Como había imaginado, el único que faltaba era el de Rayan.

Sentí vértigo.

Hice una seña a Wilbur.

—Los papeles —dije.

—Te aseguro que todo estaba en regla…

—Eso vamos a verlo.

Wilbur, que era muy meticuloso, me mostró el acta. Según la misma, a las siete y cinco de la mañana había comparecido el administrador y apoderado de la Mutual Bowery, donde Klaus Miller tenía contratado un seguro de entierro, según el rito mahometano. Había enseñado a Wilbur todos los papeles que acreditaban su cargo y había identificado al muerto, sin duda alguna: era Klaus Miller, con domicilio en una residencia para ancianos de la propia mutua, calle Sesenta y Uno y avenida Once. Después de eso se había hecho cargo del muerto.

—Todo era legal, Hiena —dijo Wilbur—, y además debes hacerte cargo. Si pusiéramos pegas para que la gente se llevara a los muertos, no nos cabrían aquí. Y a los vagabundos hay que acabar entregándolos a la facultad de medicina para que los despedacen los estudiantes. Son un lío.

—Por eso has querido deshacerte de él, ¿no?

—¡Bueno…! Es la rutina.

—A ver los papeles. Supongo que has sacado fotocopia de todo lo que te ha presentado el tío.

—¡Claro…! Aquí lo tienes.

Miré los documentos. En efecto, se trataba de una mutua de entierros, muy modesta, de las que existen docenas en Nueva York. En apariencia todo era legal, pero yo sabía que no podía serlo.

Me colé en el despacho del médico-jefe.

A aquella hora estaba vacío.

Telefoneé a los archivos de la metropolitana y luego al precinto al que correspondía la dirección de la Mutual Bowery. Cuando terminé, me faltó poco para destrozar el aparato contra la cabeza de Wilbur.

—¡Idiota! —dije—. La Mutual Bowery no existe.

—Pero…, pero si estaba todo en regla…

—Estaban en regla unos impresos que aún tienen la tinta fresca. Los han debido preparar esta misma noche. Pero ni existe la mutua ni la residencia de que te han hablado. Eso significa que han robado

un fiambre ante tus propias narices.

—Pero…, ¿pero para qué lo querían?

La pregunta era lógica, pero la respuesta no podía serlo, de modo que no contesté. Volví a telefonear, esta vez a mi precinto, ordenando a los detectives disponibles que se dieran una vuelta por las numerosas mezquitas que hay en Nueva York. En cualquiera de ellas podía estar celebrándose un oficio fúnebre.

Eso era lo único lógico del caso.

Rayan era mahometano.

Y trabajaba para los árabes.

El fulano que se presentó allí para llevárselo dijo que el muerto tenía contratado un seguro de entierro según los ritos de su religión.

Al menos, eso concordaba.

Por ello esperaba encontrar una pista en las mezquitas de la ciudad.

Era mi última esperanza.

Durante más de una hora estuve allí, mordiendo cigarro tras cigarro, mientras mis hombres se movían en todas direcciones. Y esta vez demostraron ser eficaces. En ese tiempo me tuvieron cribada la ciudad. Resultado: todo aquello era mentira. No tenían ningún fiambre disponible para encomendarlo a Alá.

Lancé una especie de grito de rabia.

Había perdido mi última pista.

A partir de ese momento ya jamás encontraría el cadáver de Rayan. Y aunque mi misión no era ésa, pues de ella se encargarían los detectives realmente «buenos», yo estaba seguro de que todas las pistas se perdían allí. El mundo de los árabes es indescriptible.

Y yo no podía olvidar que aquello había sucedido en mi zona.

Que era mi última oportunidad para rehabilitarme. Para dejar de ser, simplemente, El Hiena.

Pero mí destino estaba marcado. Tendría que seguir arrastrándome por los callejones de Harlem, donde tanta y tanta gente no tiene la culpa de ser como es. Y un día me liquidarían a cuchilladas, en un sótano, y dejarían mis pedazos en un cubo de basura, RIP.

Wilbur me miraba con pena.

Salí.

Los pies me pesaban como si fueran de plomo.

Vi a uno de los auxiliares que fregaba los suelos, con una máquina.

Iba a borrar un mal recuerdo para mí. Iba a borrar, para siempre, la mancha de sangre que el hígado que me lanzaron había dejado sobre el mármol de la sala.

Fui a pasar de largo.

Al infierno.

Aquel hígado volador pudo haber sido el mío. Y lo sería, quizá en un día no demasiado lejano.

Pero, de pronto, me estremecí.

—¡Alto! —grité.

El auxiliar me miró, con un gesto de sobresalto.

—¿Qué pasa, Hiena?

—¡No limpies eso!

—¿Qué pasa? ¿Va a hacerlo con la lengua?

Le sonreí cariñosamente.

Le dejé tendido en una de las mesas de mármol, medio listo para la autopsia.

Y me incliné sobre la mancha roja.

Allí se había posado un tacón femenino, poco antes.

Un poco más, y lo borran para siempre.

Extraje el dibujo que yo había hecho la noche anterior y los comparé. Eran idénticos. La chica de las piernas preciosas, por lo tanto, había estado allí.

CAPÍTULO VI

El jefe supremo de la metropolitana llamó por teléfono, poco después, a mi pequeño apartamento de la Lower Bay. Si llego a saber que es él, no descuelgo el aparato, porque me pilló en la ducha. Pero pasé por encima de una serie de revistas que estaban en el suelo, tropecé con una pistola cargada, aparté un liguero de señora que no sé cómo había ido a parar allí, derribé una botella de «Courvoisier» de importación, y sujeté el auricular con cierta ansia porque supuse que me llamaban de la Morgue.

Pero lo único que hizo el jefazo, fue gritarme:

—¡Hiena, no te vuelvas a meter en esto!

—¿He hecho algo malo? —susurré.

—¡Claro que sí! Has ido a la Morgue.

—Bueno, hoy es mi día libre y puedo ir adonde quiero, ¿no? En la Morgue paso el rato, me siento optimista, veo el panorama…

—Muy adecuado para un tipo como tú, Marciano Kenton: Pero oye bien esto: mis detectives ya están investigando y no quiero que nadie más meta las narices en el asunto. «Absolutamente nadie más».

Colgó.

Había querido asustarme, pero, la verdad, es que para mí casi resultó un alivio oírle.

Sus buscones no habían dado la menor importancia al hecho de que uno de los cadáveres hubiese sido reclamado. Quizá no habían hablado aún con Wilbur y no sabían nada, excepto el hecho de que yo había estado metiendo las narices allí. Por lo visto, ellos no pensaban investigar, de momento, en el depósito de cadáveres, sino en sitios mucho más importantes que aquél.

Claro que luego rectificarían su error, pero eso me daba un

respiro. Les llevaba unas horas de ventaja, si me ponía a actuar en seguida.

Mientras me secaba, intentando dominar mi sueño, pasé revista a las pistas de que disponía.

No eran gran cosa.

Un «Cadillac». La visión fugaz de unas piernas de campeonato. Y las huellas de un tacón de un zapato de mujer.

Salí a la calle y decidí empezar por el «Cadillac». No todo el mundo tiene en Nueva York un coche de esa clase, de modo que fui a la jefatura de tráfico. Allí conseguí una relación de todos los coches de esa marca, matriculados durante el año en la ciudad. Yo sabía que el coche era un modelo recientísimo, pero podía equivocarme de población. Quiero decir que iba a ciegas, porque el vehículo podía estar matriculado, también, en San Francisco o en Las Vegas, en cuyo caso jamás encontraría nada en Nueva York, Pero tenía que probar suerte.

Diecinueve coches de esa clase estaban matriculados a nombre de mujeres. También era un palo de ciego, porque la preciosa ninfa podía haber usado un coche propiedad de un hombre. Pero seguía trabajando.

En la jefatura de tráfico no constaban los colores. Abandoné, pues, la pista del coche y fui con los diecinueve nombres al enorme Instituto de Estadística de Nueva York. Allí estaban empadronados todos los habitantes, de derecho, de la ciudad, aunque no podría encontrar sus fotografías y, mucho menos, las fotografías de sus piernas.

De las diecinueve mujeres, quince eran casi viejas, cosa natural porque el dinero para un «Cadillac» no lo suelen tener las jovencitas y, además, a éstas les gustan otros modelos menos presuntuosos. Las otras cuatro podían ser la que yo buscaba.

Utilicé, entonces, la pista del tacón.

Me sentía, a cada instante, más nervioso.

El tacón tenía como particularidad el no ser demasiado moderno. Es decir, era más estrecho y seguramente más alto de los que se utilizan ahora. En consecuencia, el zapato no podía haber sido vendido en unos grandes almacenes, por ejemplo, sino en una zapatería muy especializada y elegante.

Fui a la Cámara de Comercio.

Me enteré de cuántos establecimientos de esa clase había en Nueva York. Nada menos que veintiuno.

Eran las cuatro de la tarde de un día agotador, cuando visité el que hacía ocho, sabiendo, además, que quizá perdía el tiempo, porque los zapatos, el «Cadillac» y todo lo demás, podían haber sido comprados en otra ciudad. Pero allí tuve suerte.

Anoté el nombre:

«*Miss* Stella Russel. — 828 Quinta Avenida».

Era un buen sitio. La casa tenía que ser, también, una buena jaula, seguramente digna del «Cadillac».

Tuve la sorpresa de comprobar que no era una buena jaula, ni era nada: Se trataba de un enorme edificio-colmena, donde estaban instaladas numerosas oficinas de lujo. Pero a aquella hora, casi las seis de la tarde, ya no había nadie en ellas. Aquel templo dedicado al dios trabajo estaba vacío.

Dos conserjes uniformados me cortaron el paso.

No uno. Dos.

Quizá fue eso lo que me llamó la atención. No lo sé. Pero lo cierto es que yo ya iba con los puños preparados cuando les vi venir con sus caras de perro.

Uno me puso la mano en el pecho.

—Todo está cerrado —dijo.

—Me espera la señorita Russell.

—Lo siento. La señorita Russell salió.

—Entonces quiero ver su despacho.

—¿Qué derecho tiene?

Mostré mi placa de policía. Fue un error. Los dos se pusieron, inmediatamente, en plan de guardianes del parque de fieras.

—No tiene orden judicial. Por lo tanto, no entrará —me dijo el de la izquierda.

—Compréndalo. Ha habido muchos atracos, últimamente —me dijo el de la derecha.

—Y cualquiera puede hacerse pasar por policía —gruñó el de la izquierda.

—Por lo cual es mejor que se largue —mascculló el de la derecha, mientras sacaba su navaja de resorte.

—O tal vez convendrá que «se quede» —opinó el de la izquierda, mientras me pasaba por la garganta el lazo de seda.

Todo fue tan rápido que yo hubiera caído de lleno en mi propia tumba, caso de no estar alerta. Especialmente, el del lazo de seda era un maestro. Pero ya estaba alerta.

De modo que moví el puño derecho, haciendo que el borde de la placa sobresaliera, entre mis dedos.

Aquel pedazo de metal era como una navaja.

Los efectos resultaron demoledores.

Si al tío no le partí la cara en dos mitades, faltó muy poco. Por descontado, le afeité en seco.

Lanzó un alarido, mientras caía hacia atrás.

No había nadie más que nosotros en el gran vestíbulo de mármol.

El de la navaja voló hacia mí.

La sentí, materialmente, en mi garganta.

Pero tengo mucha experiencia en esa clase de peleas y, por instinto, hice justamente el movimiento que debía hacer. Un suave giro, como el que esquiva un gancho en el *ring*. La hoja de acero solo me acarició la piel.

Y yo sujeté aquella mano, que había pasado casi rozándome.

Me volví de espaldas, violentamente.

Me eché a aquel tío sobre los hombros como el que se echa un saco de harina.

Di impulso.

El tío salió volando.

Pero el brazo no.

El brazo se quedó entre mis manos, mientras yo lo retorcía.

Se partió por dos sitios, en tanto sonaba un grito ensordecedor. El dueño del brazo se olvidó por el momento de él. Perdió el sentido.

Pero el otro volvía hacia mí.

Cara Partida acababa de sacar una pistola con silenciador.

Era lo mismo que en el muelle. Estaban dispuestos a todo, y eso ya significaba algo. Salté de costado, mientras sonaban dos leves taponazos.

El tirador no me vio.

Me vio.

No me vio…

Cuando se dio cuenta de lo que ocurría, yo le había pasado el lazo de seda por detrás. Lo estrangulé, en cuestión de segundos.

Luego arrastré a los dos hombres al interior de la conserjería del edificio.

Me daba cuenta de lo que aquello significaba. Yo acababa de matar a un hombre, y si me había equivocado, eso significaría la destrucción de mi carrera. Pero cuando vi al verdadero conserje estrangulado sobré una silla, me di cuenta de que no me había equivocado, ni poco ni mucho.

Eran dos asesinos.

Miré la lista de inquilinos en el cuadro luminoso del vestíbulo. Stella Russell estaba en el último piso. Tomé el ascensor y subí.

Vi la puerta del despacho.

Entré.

Hice mal.

Tenía que haber tomado precauciones.

El cañón de la «Smith-Wesson» se clavó en mi columna vertebral.

Alguien gritó, rabiosamente:

—¡Dispara! ¡Destrózalo!

CAPÍTULO VII

Fue como, una extraña nube de sangre.

Me di cuenta de que iba a morir.

Vi al hombre que estaba al fondo del despacho, pero no podía ver al que estaba detrás de mí y que iba a cumplir la sentencia de muerte.

Oí que decía:

—¡Con mucho gusto!

Y apretó el gatillo.

Me hubiese partido la columna vertebral en dos, si yo no llego a hacer lo único que podía hacer en aquel momento y, además, con fulminante rapidez: lanzarme hacia adelante, como un guardameta que sale disparado de su marco para abalanzarse a los pies del contrario. O imitar al que salta al agua desde el borde de una piscina. Me encontré rodando por el suelo, mientras las dos balas pasaban por encima de mí.

Creo que, durante algunos segundos, el fulano de la «Smith & Wesson» dejó de verme.

Luego me vio otra vez.

Pero envuelto en una especie de llama roja.

Yo había disparado dos veces por debajo del codo, utilizando mi bull-dog.

Prefiero el revólver a cualquier otra forma, porque lo puedo amartillar con rapidez fulminante. El buitre que estaba en la puerta sintió un lejano choque en la frente y ya no se enteró de nada más.

La bala le había penetrado entre las dos cejas.

El que acababa de dar la orden de disparar saltó hacia mí.

Disponía de un arma silenciosa.

Y de efectos terribles.

Una pistola de boca ancha, que lanzaba balas de gas venenoso. Una sola de ellas debajo de mi piel y se me corta la digestión, para siempre, en menos de dos segundos. Por tanto, no tuve más remedio que hacer lo que hice.

Disparé otra vez.

Vi al hombre vacilar, girar sobre sus tacones y estrellarse contra una mesa. Me di cuenta de que le había alcanzado en el centro del corazón. Luego volví la cabeza y vi a la chica.

La reconocí por sus piernas.

Me parecieron más perfectas aún, porque ahora llevaba la falda muy arriba.

Había perdido un zapato.

Intentaba, desesperadamente, liberarse de las ligaduras con que la habían sujetado a una silla metálica.

Y, entonces, me di cuenta de cuál era la razón de eso: dos cables del tendido eléctrico, estaban conectados a los pies de acero de aquella silla. En cuanto uno de los dos buitres hubiese dado contacto, aquel mueble se habría convertido, para la chica, en la silla eléctrica de
Sing-Sing.

Y la electricidad no deja huellas (ni balas, ni metralla, ni mandangas), como tampoco deja huellas el lazo de seda con el que habían matado al conserje.

De un puntapié, alejé los cables de allí.

Luego solté a la chica.

Era preciosa, y además endiabladamente joven. Y endiabladamente delicada. Y endiabladamente *sexy*.

Mientras terminaba de desatarla, inquirí solamente:

—¿Por qué?

Su respuesta consistió en aquel punterazo en la entrepierna. Me dejó sin respiración, y además la sorpresa me dominó de tal modo, que no supe reaccionar. Caí sentado al suelo.

Hace falta tener muy mala baba para agradecerle a uno el favor de esa manera.

Pero ya la chica se calzaba el otro zapato con un gesto instantáneo y volaba hacia la puerta. Yo hubiera podido detenerla con una bala, pero no me atreví.

Fui gateando hacia la salida.

No debía haber nadie más en el gigantesco bloque de oficinas, porque nadie acudía al eco de los disparos.

Vi que ella subía las escaleras que separaban la terraza superior. Era sólo un piso. Fui tras sus pasos, aunque reconozco que me había dado bien, y cada movimiento de mis piernas me producía un dolor que me llegaba hasta los sesos.

Abrió la puerta que daba a la enorme terraza.

Y entonces ella tuvo una sorpresa. Seguro que no esperaba aquello. No sabía que los hombres que habían intentado matarla tenían cómplices, guardando también la parte superior del edificio. Es decir, Stella Russell no podía huir por ninguna parte, porque los asesinos la esperaban en el vestíbulo y en la cúspide del edificio.

El fulano que estaba delante de ella lanzó un grito de rabia.

Preparó la metralleta.

Se dispuso a coserla a balazos, mientras Stella chillaba espasmódicamente.

Era un trabajo chapucero.

Para matar a una tía, uno no necesita gastar tantas balas.

Yo solamente gasté una, para matar a un tío.

Mi bull-dog le envió una píldora al ojo derecho. El fulano aulló, mientras la metralleta volaba por los aires.

Salté hacia la chica.

Quería protegerla con mi cuerpo.

Porque había otro tirador un poco más allá, y éste disponía también de una metralleta. Envió una ráfaga mientras Stella y yo rodábamos por el suelo.

Las balas picotearon la pared. Yo apunté por encima del cuerpo de la chica y disparé.

Pocas veces he visto a un fulano dar tantos saltos, como aquél. Voló hasta la baranda de piedra y estuvo a punto de desplomarse al abismo.

Lo pude evitar por unas décimas de segundo.

No me convenía que se viniera abajo. Desde la calle no debían haber oído los disparos, pero si un fulano se lanzaba a ella sin paracaídas todo se llenaría de policías.

De modo que deposité junto a la terraza al buitre muerto, sin peligro de que se desplomase. Luego me volví hacia la muchacha.

—Creo que después de esto, podríamos llegar a un acuerdo… —empecé a decir.

Y ahogué una maldición.

Porque ella se me escabullía otra vez. Corría hacia las escaleras como una loca. Vi que abría la puerta de uno de los ascensores.

Era una cabina exclusiva, en la que yo ni siquiera me había fijado antes, pero que, sin duda, ella conocía muy bien. Cuando quise abalanzarme hacia la puerta, la caja ya descendía a gran velocidad hacia las profundidades del edificio. Yo no tuve más remedio que tascar el freno, llamar otro de los ascensores y esperar a que llegase.

Perdí unos minutos preciosos.

Cuando me encontré de nuevo en la calle, dejando atrás una estela de muertos, la muchacha ya estaba subiendo a un taxi. La ventaja que me llevaba era importante.

Pero me di cuenta de que me había visto. Eso significaba que no me convenía perseguirla, porque Stella no iría, entonces, nunca, al sitio donde había pensado ir. Tenía que utilizar una treta para darle confianza.

Me lancé materialmente entre las ruedas de un coche.

Supe elegir bien.

Yo conozco de un vistazo al conductor que tiene reflejos para frenar.

Y éste frenó.

Yo di dos vueltas en el asfalto.

Stella tuvo que verlo.

Por fuerza pensó que me habían herido gravemente. Sobre todo, cuando la gente empezó a afluir desde todas direcciones a aquel sitio.

El conductor se inclinó sobre mí.

—¿Qué pasa? ¿Quiere suicidarse?

Yo barboté:

—Sí.

De un gancho, le envié contra la media docena larga de personas que miraban. Pero eso Stella ya no pudo verlo, porque el taxi doblaba la esquina.

Mientras los espectadores mencionaban a mi madre en los términos más caritativos del mundo, yo subí al coche que el otro acababa de «cederme», puse primera y di gas.

Vi el taxi a no demasiada distancia.

Y lo seguí entre el tráfico, todavía bastante denso.

Stella no tenía ningún motivo para pensar que la estaban siguiendo. Me había visto rodar por el asfalto, de modo que ahora se sentía segura.

De ese modo fue muy sencillo seguirla.

Nos dirigimos a Brooklyn.

Penetramos en una colonia de casas bajas y elegantes donde vivían buena parte de los judíos de la ciudad.

Y el taxi se detuvo ante una sinagoga.

Yo frené casi detrás, unos minutos más tarde.

Pasé al interior.

Los cánticos suaves y delicados acariciaron mis oídos. Yo, que oigo ladridos durante toda mi vida, no estoy habituado a los cánticos de funeral.

¿Funeral por quién?

Quizá por mí mismo.

De una forma maquinal, mis ojos fueron hacia el cadáver, hacia el cuerpo que ocupaba el centro de la gran pieza.

Y entonces sentí que todo vacilaba en torno mío. El asombro fue más fuerte que yo mismo.

Porque el funeral judío se estaba celebrando por un árabe. Se estaba celebrando por el cadáver de Rayan…

CAPÍTULO VIII

Sólo una cosa había creído yo segura en todo aquel mejunje desde que empezó: Rayan era un árabe. Profesaba la religión mahometana. Representaba intereses importantísimos de los Emiratos del Golfo Pérsico. Era un convencido de todas las causas de Alá. Encontrarme con que aquel hombre era realmente un judío, me causaba tanto asombro que, por unos momentos, quedé vacilando junto a la puerta. No me atrevía ni a entrar ni a salir.

Pero, al fin, pude recobrar el dominio de mi mismo.

Si Stella me veía, todo se podía ir al diablo.

De modo que salí y me situé junto al elegante pórtico. Ya me había dado cuenta de que, en el funeral, apenas había una docena de personas.

Tascando el freno, aguardé durante diez minutos a que terminara la ceremonia. Luego, los asistentes fueron saliendo y yo me retiré a un plano más discreto. Nadie se fijó en mí. El ataúd fue sacado a hombros y colocado en el coche fúnebre, todo ello con una mezcla de respeto y de dolor que me parecieron sinceros.

Los acompañantes se situaron en los automóviles. Toda la calle estaba desierta y nadie se fijaba en aquella sencilla ceremonia que tenía lugar casi de noche. Vi que Stella, a la que todo el mundo trataba con la mayor consideración, se situaba en el coche primero.

Les dejé partir.

No sabían que yo les seguía.

Fui tras ellos en el automóvil del que me había adueñado y entonces mi sorpresa aún se hizo más maciza, más consistente. Porque a Rayan le llevaron al cementerio judío de Brooklyn. Le metieron en una tumba, en el sitio más elegante, y se largaron todos. Sólo Stella se quedó allí.

Por lo visto, no le daban miedo los cementerios cuando caen las sombras.

Su figura tenía algo de dulce y, al mismo tiempo, de patética. Casi me dio lástima, si es que yo puedo tener lástima de algo.

Quizá es que me vuelvo viejo.

Me pareció que estaba rezando.

Con pasos ahogados, tranquilos, me acerqué a ella.

No me oyó.

—Observo que la lápida no tiene ningún nombre —dije, por encima de su hombro.

Se estremeció.

Volvió la espalda, de pronto, y me miró con sus grandes y aterrorizados ojos.

—Tú… —balbució.

—No tengas miedo; no he venido a hacerte ningún daño. Soy inofensivo como una niña dormida.

Y mostré mi placa de policía.

Fue un error.

Eso aún le infundió más ganas de huir.

Pero, ahora, no tenía escapatoria posible, de modo que se estuvo quieta. Con sus enormes ojos escrutó mi rostro de piedra. Intentó adivinar lo que había en mi cerebro de fulano que se ha pasado la vida en los estercoleros de Nueva York.

La sujeté por el brazo.

Me pareció que vacilaba.

—Ése era Rayan —dije—. Más vale que no mientas.

—Sí, era él.

—Tú, y alguien más, falsificasteis los papeles necesarios para sacarlo de la Morgue.

—Sí.

—¿Por qué?

No me contestó. Los hombros volvieron a temblar.

Yo insistí con voz opaca, mientras mis dedos sujetaban su brazo.

—¿Por qué?

—Era una obligación moral —dijo.

—¿Qué clase de obligación?

—Todo hombre tiene derecho a ser enterrado dignamente.

—No veo que sea digno enterrar a alguien según un rito que no

es el de su religión —murmuré—. Más bien parece una burla, o una venganza.

—¿Por qué dices eso?

—Porque Rayan era mahometano.

—¿Mahometano? ¡Qué equivocación! Ahora ya no vale la pena mentir, porque estás entre la docena escasa de habitantes de los Estados Unidos que saben esto. Los pocos que saben dónde yace realmente el cuerpo de Rayan y lo que significa esta lápida sin nombre. Porque él no era árabe. Era judío.

El asombro me impedía razonar con claridad. Intentaba penetrar en aquel mundo, pero no podía. Hube de hacer un inexplicable esfuerzo para preguntar:

—¿Un espía?

—No.

—¿Pues por qué, siendo un judío, representaba los intereses de varios emiratos árabes del golfo Pérsico? ¿A quién quería engañar?

—A nadie, realmente.

—Pues, entonces, dime lo que ganaba con eso…

—Nada para sí mismo. En todo caso, eran millones y millones las personas que podían ganar algo.

—Cada vez te entiendo menos, ¡maldita puerca!

Stella me miró otra vez con sus grandes ojos asustados mientras suplicaba:

—¡Déjame!

—Entonces, explícame qué es lo que significa toda esta farsa en que estaba metido Rayan. Habla claro de una vez.

—¿La policía te ha encargado averiguarlo?

—No. Aunque te parezca mentira, actúo por mi cuenta.

—Bien… De todos modos, ya sabes lo esencial, de modo que no vale la pena mentir. Rayan, como te he dicho, era judío. Pero había vivido siempre entre los árabes y conocía su psicología. En muchos aspectos era uno de ellos.

—¿Quieres decir que resultaba un traidor a su país, a Israel?

—No, claro que no. Al contrario. Él laboraba para que Israel pudiese vivir en paz con los países árabes. Y laboraba, también, para que los países árabes pudiesen vivir en paz con Israel.

—¿Cómo sabes todo eso? —murmuré—. ¿Quién te lo explicó?

—Él mismo.

—¿Y por qué tenía tanta confianza en ti?

Stella dijo, con una voz lejana que apenas sonó, como un soplo, en mis oídos:

—Porque era mi padre…

CAPÍTULO IX

Aunque uno sea una bestia bastante inmunda, como todos saben que soy yo, comprendo el dolor de una muchacha que acaba de dar sepultura al autor de sus días. Por lo tanto, retiré la mano con la que aún oprimía el brazo de Stella y la miré casi con angustia.

—No lleváis el mismo apellido —dije, al cabo de unos instantes.

—El apellido por el cual tú me conoces, y por el que me conoce todo el mundo aquí, es falso. Únicamente lo uso en mi pasaporte norteamericano. Mis verdaderos nombre y apellido son éstos: Stella Rayan.

Volví a sujetarla, pero con mucha suavidad. Aunque sabía que podía detenerla por uso de nombre supuesto, eso no me interesaba, ahora. Mientras le señalaba la salida del cementerio judío, musité:

—Te acompañaré donde tú me digas. Y no temas decir la verdad. En estos momentos, no actúo como policía.

Salimos del lúgubre recinto y nos dirigimos al automóvil del que me había apropiado. La noche ya había caído como una losa sobre la ciudad. Conduje a poca velocidad hasta las cercanías del aeropuerto Kennedy sin que ella me hubiese dado aún ninguna dirección concreta.

Me detuve al borde de la carretera, igual que si llevase a una amiguita en el coche, y le ofrecí un cigarrillo, que ella aceptó con movimientos nerviosos. Luego musité:

—¿Qué historia es la de tu padre? ¿Por qué quería imponer la paz entre árabes y judíos?

—No imponía la paz: simplemente la buscaba. El odiaba la guerra con todas las fuerzas de su alma, y en especial entre dos pueblos a los que conocía tan bien. Por eso trazó un plan.

—¿Qué plan?

—Son muy pocas personas las que conocen esto, pero tú ya estás dentro del círculo de muerte y, por lo tanto, puedes saberlo. El plan consistía, ante todo, en buscar a una serie de jeques árabes cuya fortuna fuera inmensa y que estuviesen dispuestos a dar dinero, no para armar a las guerrillas palestinas, causantes de tantos asesinatos, sino para darles tierras.

—Es una idea llena de sentido común —dije.

—Precisamente por estar llena de sentido común, resulta inalcanzable —dijo Stella con voz cansada—. Te habrás dado cuenta de que muchas cosas que a los ciudadanos se les ocurren, los gobiernos no las realizan. Por lo pronto, mi padre se enfrentaba a dos dificultades casi insalvables.

—¿Cuáles?

—Primera y principal: buena parte de los palestinos hablan de las tierras, pero, realmente, no las quieren. Llevan demasiados años sin trabajar. Lo que quieren es pelear y ser mantenidos por las Naciones Unidas. No todos, naturalmente, pero sí los más activos, los que dominan por el terror a los otros si hace falta.

—Conozco bastante a esos grupos que se imponen a los otros —susurré—. ¿Cuál fue la segunda dificultad?

—Verás… Por fin mi padre logró convencerles de que su causa no tenía ninguna justificación si, realmente, no querían lo que tanto decían querer. La parte que pudiéramos llamar «normal» de los palestinos estuvo de acuerdo, y los jefes de los guerrilleros tuvieron que ceder. Pero exigieron tierras dentro del Estado de Israel, y no en cualquier otra parte.

—Me parece lógico —susurré—. Buena parte de esas tierras les fueron compradas por los hebreos, antes de constituirse el Estado de Israel en 1948. De otras, se fueron voluntariamente los árabes pensando volver poco después con los ejércitos de la media luna para arrasar al Estado que acababa de nacer.

Stella asintió, pensativamente, en la oscuridad del coche.

—Mi padre se comprometió a crear un Estado palestino, dentro de Israel, lo cual parecía, al principio, una empresa imposible —continuó la muchacha—, pero a base de tesón pudo ir consiguiendo algunos puntos esenciales. Por lo pronto, ya tenía el dinero de algunos jeques árabes. Ya tenía, también, la conformidad de los palestinos. Ahora sólo faltaba convencer a los judíos.

—Menuda papeleta… —susurré.

—Tan difíciles como ésa, eran las otras, y las había resuelto. Él vivía en Nueva York como representante de grandes intereses petrolíferos árabes y pasaba a los ojos de todo el mundo como un mahometano más. Incluso tenía, en su lujoso despacho, una sección con «secretarias», cuyos favores él no pidió nunca, pero que algunos de sus visitantes árabes utilizaban con frecuencia. Eso le hacía conocer a mucha gente y tratar con millonarios de todas clases, judíos incluidos. Una de las personas con las cuales trató, fue Theodore Jackson.

—Theodore Jackson es un recontra-multimillonario —dije, asombrado—. Su fortuna no puede calcularse…

—Precisamente por eso mi padre acudió a él y, aunque parezca mentira, llegaron a un acuerdo. Theodore Jackson había ayudado tanto a los judíos con sus donativos, que éstos le tenían un gran respeto. Además, deseaba ardientemente la paz para una tierra que amaba tanto como si fuese la suya.

—Comprendo. ¿Cuál fue su papel?

—Primero, poner el dinero que faltaba para la fabulosa operación. Segundo, convencer a los israelitas de que podían ceder —cobrándolo espléndidamente—, una porción de terreno para que en ella se instalasen en plena libertad los palestinos. Por su parte, éstos se comprometían a dejar de cometer acciones guerrilleras y a vivir en paz con sus vecinos.

—¡Admirable! —dije, con sinceridad—. Un hombre que lograra eso merecería el Premio Nobel de la Paz. Lo juro.

—Pues mi padre estaba a punto de conseguirlo, porque los israelitas ya estaban de acuerdo también. Sólo faltaba una reunión «cumbre» con Jackson, con Hamid, con Kaber…

—¿Quiénes son Hamid y Kaber?

—Hamid es el representante de los palestinos, y Kaber el de los emiratos del golfo Pérsico comprometidos en la operación. Se trataba de señalar los terrenos y de convenir los plazos de pago.

—Comprendo. En realidad, todo podía quedar terminado en aquella asamblea.

—Así es, pero había que prepararla en secreto, como es lógico. Cualquier indiscreción, cualquier palabra de más, cualquier pista dada a un policía o a un periodista, podía enviarlo todo al infierno.

Por otra parte, algunos grupos palestinos exaltados, boicotearían la operación.

—También lo entiendo muy bien. ¿Y la reunión había de tener lugar aquí, en Nueva York?

—Sí. Tú asististe al fracaso de los últimos preparativos.

—¿Qué quieres decir?

—Mi padre se reunió con Theodore Jackson cuando, de pronto, fueron salvajemente atacados junto al río Harlem.

—¿Quieres decir que aquel hombre lleno de roña era… era…?

—Sí. Se trataba del multimillonario Jackson. Durante semanas había vivido entre los peores vagabundos de la zona para que nadie pudiera seguir su pista; para que su rastro se perdiera del todo. Hasta sus colaboradores más íntimos pensaban que estaba haciendo un viaje por Nueva Guinea. Pero alguien debió descubrirlo y… y…

Su voz se había roto. Me di cuenta de que estaba a punto de sollozar.

Y me di cuenta, también, de lo que había significado el sacrificio de Jackson para conseguir la paz. Y de lo que había significado el sacrificio supremo de Rayan.

Mis puños se abrieron y cerraron, dos veces.

Hasta este momento, desde que salimos del cementerio, me había comportado con la mayor corrección. Había escuchado en silencio, y ni siquiera había rozado a la muchacha, pese a estar los dos en la intimidad del automóvil. Pero, poco a poco, me iba calentando. Volvía a surgir El Hiena.

No, no piensen ustedes mal.

No iba por la suculenta chica.

Todo había empezado al pensar yo que existían dos héroes sacrificados. Y que, por lo tanto, debían existir unos sacrificadores.

Dije, con voz opaca:

—Alguien quiere hacer fracasar la operación, ¿no?

—Eso es evidente.

—Por eso mataron a tu padre. Y por eso han intentado matarte también a ti, a fin de que no puedas continuarla.

—Cierto. Aunque yo no soy rica, podía buscar el dinero, como lo buscó mi padre.

—Perfecto. ¿Quién fue?

—No lo sé… Te juro que he pensado cien veces en eso, pero no

lo sé. No hubo la menor filtración en los contactos que tuvimos.

—Si la hubo, yo lo averiguaré —dije, secamente—. Tú te llevaste a Jackson herido, después de la muerte de tu padre. Supongo que le escondiste en alguna parte. ¿Dónde le ocultas?

—Hay un médico de toda confianza, amigo suyo, en la zona de Jamaica. Se quedó absolutamente helado al ver que yo le traía a aquel multimillonario vestido de vagabundo. Creo que, durante unos minutos, fue incapaz de hablar.

—¿Le está curando él?

—Naturalmente. Y sin que nadie lo sepa. En aquella casa sólo tiene dos enfermeras que son de absoluta confianza.

—¡Vamos allá! —dije.

Me miró sobresaltada.

—¿Para qué? —balbució.

—Supongo que Jackson puede hablar…

—Sí. Parece que en las últimas horas mejoró bastante.

—Pues le interrogaré con la máxima dulzura —dije—. Supongo que recordará algún nombre, alguna palabra que tal vez pronunció de más… Aunque quizá me baste con que recuerde una cara.

Y mientras ponía en marcha el vehículo, añadí:

—Te juro que más de una calle de Nueva York la voy a llenar de lápidas…

CAPÍTULO X

Ya conocen todos mis métodos expeditivos, de modo que no les extrañará que llegase a Jamaica Bay con la mentalidad de un verdugo que tiene que recuperar horas de trabajo. Había recargado mi bull-dog y había preparado silenciosamente una de mis armas favoritas, aunque no es reglamentaria y la uso muy poco: una plancha de acero del tamaño de un pañuelo doblado y que está afiladísima en sus cuatro lados.

Stella me dijo:

—Es allí.

Avanzamos por una calle algo irregular, al extremo de la cual se oía el lento mugido de las olas, en la playa. La noche ya había cerrado por completo y yo llevaba los faros apagados, de modo que tenía que extremar las precauciones. Una serie de casas antiguas y señoriales, la mayor parte de ellas habitadas sólo una parte del año, se extendían ante nuestros ojos. Sólo una de ellas mostraba, en el porche, unos rayos de luz.

—¿Todo está normal? —musité.

—Sí. La calle tiene el aspecto de siempre. Piensa que en la mayoría de esas fincas no vive nadie, en invierno.

Detuve el automóvil a unas yardas e hicimos el resto del trayecto a pie, en el más absoluto silencio. Atravesé el porche y fui a llamar a la puerta. Pero me sorprendió que estuviera entornada, solamente.

Si algo necesitaba para ponerme alerta del todo, eso bastó.

Empujé la hoja de madera silenciosamente, mientras indicaba a Stella que no se moviese del porche. Vi un vestíbulo bien

amueblado, donde sólo estaban encendidas dos pantallas.

Me deslicé de una butaca a otra.

Mis movimientos eran rápidos y silenciosos como los de un gato. Distinguí un pasillo, donde también había luz.

Avancé por él.

Distinguí una puerta entornada.

La empujé.

Pero algo me impedía hacerlo bien. Me di cuenta de que existía un obstáculo en el suelo, que impedía el normal deslizamiento de la puerta.

Miré hacia allí, para saber lo que era.

Y, de pronto, lancé un aullido.

No pude evitarlo.

Porque lo que estaba en el suelo, impidiendo en parte el avance de la puerta, era la cabeza de un hombre.

La cabeza de Theodore Jackson.

Capítulo XI

Mis fuerzas parecieron fallar, en aquel decisivo momento. No me di cuenta de que aquel horrible fin también me podía estar esperando a mí. Fui lo bastante idiota para quedarme quieto, mirando aterrorizado aquella cabeza, sin ser capaz de pensar en nada más.

El que estaba a mi espalda movió entonces el alfanje.

Parecía una muerte de otra época.

Pero a Theodore Jackson tenían que haberle segado la cabeza con un arma de aquella clase.

El brillo repentino del acero a mi espalda, reflejándose en el barniz de la puerta, me hizo dar cuenta del terrible peligro. El alfanje me cortó, materialmente, algún mechón de pelo. No recuerdo haber sentido nunca, tan cerca, el escalofrío de la muerte.

Caí al suelo.

Pude volverme *in extremis*, en la última fracción de segundo.

El tipo del alfanje lo alzó, con las dos manos, sobre mi cabeza.

Con el impulso que daría al arma, ésta podía partirme en dos.

Y yo no podía defenderme con mis manos, pero podía defenderme con mis pies. Los alcé, repentinamente.

Las dos manos de mi enemigo, con el arma entre ellas, chocaron con mis zapatos. El sujeto, que era una especie de gladiador con facciones brutales, lanzó una maldición en un idioma que me resultó desconocido.

Después de frenar el mortífero golpe, vi que mi enemigo alzaba el arma de nuevo. Esta vez ya no podría esquivarla. Pero estaba preparado, y pasé al ataque. Flexionando las piernas, le clavé salvajemente los dos tacones en el estómago.

El fulano lanzó un aullido.

Se vino hacia atrás.

Yo tuve tiempo para sacar mi
bull-dog.

Reconozco que no fue una pelea limpia, a partir de entonces. Le hice pagar el haberme atacado a traición.

El disponía sólo de un alfanje. Yo, de un revólver veterano, y que ya temblaba entre mis dedos, ansioso de matar.

Mi enemigo gritó en inglés:

—¡No tireeeeeees…!

Yo dije con suavidad:

—¡Muchacho!, ya que la bala la pago de mi bolsillo, lo menos que puedes hacer es poner buena cara.

Y apreté el gatillo.

Le di entre las cejas.

El buitre saltó hacia atrás como si le hubiera empujado un ciclón. Chocó contra un jarrón y lo rompió en pedazos. Luego quedó hecho un ovillo, todavía sujetando el alfanje entre sus manos crispadas.

Fui a ponerme en pie.

Pero demasiado tarde.

Los dos hombres con metralletas, aparecieron por la puerta del fondo. Me apuntaron, uno por cada lado.

Y yo me di cuenta de que iba a morir. Bailaría como un loco el último tango, mientras me cosían a balazos por todas partes.

Pero moriría matando; eso era lo único que pedía.

Elegí el de la izquierda.

Y fue ése, el que dijo:

—Suelta tú cascanueces, si no quieres palmarla ahora.

Yo sabía que la tenía que palmar, ahora o después, porque resultaba absurdo suponer que aquellos vampiros me dejarían vivo después de lo que había visto. Pero, al menos, me daban un respiro, de modo que solté el
bull-dog.

El de la derecha gruñó, entonces:

—Eso es… Buen chico. Ponte en pie.

Obedecí.

Llevaba las manos en alto.

El culatazo que me atizaron en la mandíbula, por poco me la parte. Caí de espaldas con las piernas abiertas.

Una de las metralletas se empotró, casi, en mi boca. Mientras, el otro fulano me palpó por encima.

No encontró nada. Sus dedos estuvieron encima del pañuelo que guardaba, en su interior, la navaja de cuatro caras, pero como el acero era tan flexible y suave no lo notaron. Pensaron que allí había un pañuelo y nada más.

El que me estaba limpiando los dientes con el cañón de su metralleta, masculló:

—¡Ponte en pie!

Lo hice de la mejor forma que pude. Estaba destrozado, Incluso respiraba agitadamente, cuando me apoyé en una de las paredes.

El otro fulano gruñó:

—Dinos quién te envía.

—Nadie —susurré.

—¿Nadie?

—Trabajo por gusto. Da la casualidad de que éste es mi día libre. Podía haberlo dedicado a perseguir mujeres, pero como las mujeres están tan caras en Nueva York, me distraigo con otras cosas. Ya veis: jueguecitos inocentes. Un fiambre por aquí… Un difunto por allá…

Sospecho que aquello no les hizo demasiada gracia.

La gente no tiene sentido del humor, ya lo saben ustedes. Pretendes ayudarles a pasar el rato y te endilgan un puntapié. Vamos, que tal como me dejaron, casi no paso ni el examen para el permiso de conducir. Después de los dos nuevos puntapiés, tuve la sensación de que algunas cosas muy importantes me iban a salir por la boca.

Por unos instantes hasta tuve deseos de que me despacharan pronto.

Pero me mantuvo firme el saber que yo era el único que estaba sobre la pista. Tenía que vivir, o todo se iría al infierno. Por lo tanto apreté los dientes, mientras musitaba:

—¿Qué vais a hacer conmigo ahora?

—No has contestado a nuestra pregunta. Queremos saber si te envía alguien.

—Nadie. Y no sé por qué os sorprende tanto todo esto. Demasiado sabéis que soy El Hiena.

—¿La policía está sobre la pista?

—No.

—¿De modo que tú solito…?

—Sí, yo solito. Y cuando me eliminéis, se habrá roto el último eslabón. Da ilusión pensar lo bien que se os han puesto las cosas.

En realidad debí decir todo lo contrario: decir que no les convenía matarme porque otras personas estaban tras sus huellas. Pero mi carácter me impulsaba a desafiarles. Quería escupirles a la cara todo mi desprecio, antes de morir.

Y eso fue lo que decidieron. Se separaron un par de pasos para rociarme materialmente de plomo. Yo sabía que dentro de unos segundos iba a convertirme en una especie de «hombre-gruyere». Pero mi voz fue imperturbable, al preguntar, mientras me volvía:

—¿No puedo morir de cara? ¿Y no puedo pediros un último favor?

—¿Qué clase de favor?

—Tiene gracia. ¿Tú pidiendo favores? ¿Para qué? ¿Y de qué clase?

—Quiero que me dejéis secarme el sudor. No quiero morir como un gusano. Pienso estar presentable cuando la diñe.

Los dos rieron.

Me habían cacheado antes, de modo que sabían que en el pañuelo no llevaba nada.

—Si sólo es eso…

Saqué el pañuelo con dos dedos.

Se estaban burlando de mí. Supe que me destrozarían la cara a balazos, en cuanto me la tapase con el pañuelo. La idea les hacía gracia. Oí en la oscuridad del recinto el entrechocar ansioso de sus dientes.

—No hay trampa —dije, con una sonrisa turbada, mientras tendía la derecha hacia uno de los dos hombres—. Sólo un pañuelo. No creo que pueda pedir menos un condenado a muerte…

Y me moví.

Era una maniobra desesperada, pero no podía elegir. Mi única esperanza estaba en situarme detrás del hombre, al que iba a matar primero.

Logré que sus ojos se posaran sólo en el pañuelo que estaba acercando a su cara. Fueron sólo unos instantes, pero aquello resultaba suficiente para mí. Di un rodillazo a la metralleta,

mientras movía la mano derecha.

Fue un corte muy limpio.

La hoja de acero estaba cubierta por el fino pañuelo, pero lo atravesó fácilmente, del mismo modo que atravesaba la carne de mi enemigo. La aorta fue segada en dos.

La metralleta envió una ráfaga, pero al techo. Yo la había alzado con la rodilla, en el momento en que se disparó.

No volví a preocuparme de aquel enemigo.

Sabía que estaba perdido. Tardaría en morir, todo lo que tardara en desangrarse, pero eso era cuestión de minutos. Salté tras él mientras el segundo, a quien todo aquello le parecía una pesadilla, desviaba su arma.

Llegó a enfilarme con ella.

Pero yo ya estaba detrás del moribundo, sujetándolo por la espalda. Me sirvió de parapeto los dos primeros segundos; justos lo que tardaron en llegar cuatro balas hasta su cuerpo.

Disparadas a corta distancia, aquellas balas le atravesarían por entero y, en consecuencia, me alcanzarían a mí también. Pero un hombre corpulento, bien vestido, y que lleva muchas cosas en los bolsillos, además de una gruesa funda axilar para la pistola, ofrece, al principio, una buena resistencia al paso del plomo. Los dos proyectiles que llegaron más al fondo de su cuerpo se hundieron, además, en la columna vertebral y fueron frenados por la solidez de ésta.

Con los otros no iba a tener tanta suerte.

Yo lo sabía.

Por eso envié el cuerpo inerte contra la metralleta de mi enemigo. El bulto se clavó materialmente en el cañón.

El otro fulano siguió disparando de una forma maquinal, rabiosamente, pero sin darse cuenta de que no hacía más que atravesar el cuerpo de su compañero, que estaba doblado sobre la metralleta. En el primer momento, ni siquiera fue capaz de fijarse en mí.

Moví la hoja de acero.

Alcancé a mi segundo enemigo en el cuello, cuando al fin iba a girar.

Fue un perfecto afeitado en seco.

No sé si quedó satisfecho del servicio o no, porque la verdad es

que no tuvo tiempo de decírmelo. Éste se dio muchísima prisa en morir.

Yo solté la cuchilla.

Recogí mi

bull-dog.

Lo guardé con cariño.

CAPÍTULO XII

Decir que encontré a Stella convertida en una especie de estatua de sal, es decir poco. A la muchacha yo la había dejado en el porche, indicándole que no se moviera de allí, pero, la verdad, es que pudo haber intervenido en mi ayuda cuando las cosas se pusieron trágicas para mí.

Pero me di cuenta, al instante, de que hay pruebas que una muchacha no puede resistir, aunque tenga mucho temple. Ver la cabeza de Theodore Jackson segada nada menos que por un alfanje, había resultado demasiado para ella. Quieta en aquel porche miraba obsesionada ante sí, como una sonámbula.

Además, toda la pelea había transcurrido en muy pocos minutos.

Lo que a mí me pareció una eternidad había sido, en realidad, un combate tan mortífero como rápido.

Dije secamente:

—¡Eh, Stella!

Hube de zarandearla. La muchacha se apoyó en una pared, mientras mechones de su hermoso pelo le caían sobre la frente.

—¡Dios santo…! —gimió.

—Espera. Te sacaré de aquí.

—Todo esto es… es increíble.

—Pues desgraciadamente hay que empezar a creerlo, nena. Theodore Jackson ya no existe. Han acabado con él, de la misma forma que acabaron con tu padre. Y mucho me temo que tú también estás en la lista, con un número de honor.

Tuve que arrastrarla casi hasta el automóvil. Ella era, en mis brazos, como un bulto inerte, pero delicioso. Pocas veces he tenido cerca una mujer tan bonita, tan joven; tan temblorosa y tan cálida.

Cuando estaba sentada a mi lado en el coche, cerró los ojos,

antes de preguntar, con un hilo de voz:

—¿Qué vas a hacer? Me refiero a si piensas avisar a tus compañeros de la metropolitana de todo lo que acaba de suceder.

—¡Bah…! La policía es bazofia. Y si no, mírame a mí. Yo te diré lo que va a ocurrir, si doy parte: me acusarán de la muerte de Jackson y dirán que esos fulanos a los que he despachado, trataban de defenderle. No, muñeca… Aquí hay algo más sucio de lo que tú y yo creemos.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—Obrar a mi modo.

—¿Qué modo?

—Elemental: un mamporro por aquí, un muerto por allá…

Y puse en marcha el coche.

—Pero tus compañeros descubrirán muy pronto esa carnicería… —dijo ella.

—Muy bien: que investiguen. De momento, no tendrán ninguna prueba contra mí. Vamos.

—¿Adónde?

—Te dejaré en mi casa. Es el único sitio donde estarás segura.

Pero ella no mordió el anzuelo.

—Mejor que vaya a un hotel —susurró—. Nadie va a descubrir mi paradero, si me hospedo con nombre supuesto.

Lancé una imprecación en voz baja y saqué el torpedo de la zona de Jamaica Bay. Rodamos por Manhattan, en busca de un hotel de esos de muchas habitaciones, donde nadie conoce a nadie, porque Stella Rayan necesitaba un sitio así a fin de pasar desapercibida unas cuantas horas, las horas que yo necesitaba para dar con aquellos buitres, antes de que los buitres cayeran sobre la muchacha.

Dudé entre el Sheraton, el Talt y el Victoria, pero al fin me decidí por el New Yorker, bastantes calles más abajo, en dirección a la Lower Bay. El New Yorker es un hotel para turistas sin demasiadas pretensiones y donde uno encuentra numerosos clientes negros. Y numerosas clientas negras. Negrazas estupendas. Si a mí me dejan suelto en el New Yorker una semana, tan sólo una semana, hago más por el entendimiento entre las razas, que todo lo que hizo en su vida el pobre Luther King.

Lo que tenía de bueno aquel hotel eran las entradas y salidas

masivas de los clientes, de tal modo, que nadie se podía fijar en nadie. Calculé que la muchacha podía reposar allí durante veinticuatro horas en absoluta seguridad, sobre todo si no salía de su habitación.

Ella encargó una habitación con nombre supuesto.

Cuando le hubieron dado la llave se volvió hacia mí.

—¿Qué vas a hacer ahora? —susurró.

—Buscar —dije—. Las «hienas» siempre buscan.

—¿Pero a quién?

—Tú me has dado sus nombres, Stella: Hamid y Kader.

—Sí. Uno de ellos era el representante de los emiratos árabes. El segundo, el representante de los palestinos.

—¿Dónde tenían que encontrarse con Jackson?

—No lo sé. El propio Jackson no me lo dijo, por razones de prudencia.

—Pero tendrás, quizá, alguna pista…

—Tal vez sí —dijo, después de reflexionar unos instantes—. Hamid tiene una oficina en la calle Cuarenta y Cinco. Supongo que la conserva aún. Era una oficina de relaciones públicas para tratar con los clientes, es decir, con las grandes compañías petrolíferas.

—Una jaula dorada, ¿eh? ¿Dónde está exactamente? ¿Cómo se llama?

—Está a nombre de Petrol Export. No recuerdo el número, pero lo encontrarás fácilmente en la guía.

Yo apreté los labios.

Sí. Lo encontraría fácilmente.

También hubiera encontrado fácilmente otras cosas en el cuerpo maravilloso de Stella.

Pero me aguanté.

—No salgas en veinticuatro horas —dije—. No abras a nadie. No pidas nada en el servicio del hotel. En esa bolsa tienes comida y bebida de sobra.

—De acuerdo, Kenton. Y te doy las gra… gracias.

Alzó la boca. Me ofreció sus turgentes labios.

Yo los busqué.

Ya se sabe.

Las «hienas» siempre buscan.

Lo que salga.

Y como «lo que me había salido» estaba más que bien, nos dimos un beso de campeonato, un beso de exposición universal en el centro del vestíbulo del hotel.

Cuando al fin nos separamos, ella bisbiseó:

—Por poco me devoras. Me has besado como una «hiena»…

—¡Pues qué extraño! —dije yo mientras me alejaba—, porque a esos animales no me parezco en nada…

Capítulo XIII

Tenía que encontrar la Petrol Export, y eso era fácil. Me metí en un bar y busqué la guía telefónica.

Seguro que en aquel bar me conocían.

Hubo ciertos síntomas.

Los camareros se ocultaron.

El dueño cerró la caja.

Un cliente vomitó.

Pero como ya estoy acostumbrado a esas muestras de cariño, no hice caso y hurgué en la guía hasta dar con la dirección que buscaba. Estaba a no mucha distancia de allí, de modo que fui a pie. El edificio de acero y cristal me salió al paso como un anuncio del siglo XXI. Era, a la vez, inhóspito y acogedor, frío y magnífico.

Me colé de rondón.

El conserje de noche me preguntó adónde iba. Le froté la placa por las narices. Cuando tuve la sensación de que le empezaba a sentar mal la cena, subí.

Me habían advertido que no encontraría a nadie.

En efecto, las oficinas estaban vacías.

Vi muebles de gran calidad.

Divanes suntuosos.

Arañas de cristal de Murano.

Piernas con medias Christian Dior.

Me detuve, mientras se me secaba la boca.

Las piernas con las medidas Christian Dior estaban allí.

Las tenía delante de mis ojos, tendidas en el diván.

El resto del cuerpo quedaba tapado por la falda del vestido, muy alzada de forma que yo no podía ver ni la cara de la chica. Pero estaba muerta, de eso no cabía duda. Ninguna mujer viva tendría el

cuerpo tan arqueado y en aquella torsión casi absurda. Además, casi se habían ensañado con ella, porque presentaba nada menos que tres puñaladas a la altura del corazón. Pero, curiosamente, apenas había brotado la sangre.

No me acordé ni de sacar mi revólver.

Estaba tan obsesionado que no me daba cuenta de nada más.

La chica era preciosa de cuerpo, y la cara no le iba a la zaga. Lo comprendí, al descubrirla, bajando un poco su vestido. Tenía la boca un poco crispada y aún palpitaba en sus ojos una última expresión de incredulidad.

Paseé la mirada en tomo mío.

No se distinguía a nadie.

Pero mi experiencia me decía que aún tenía que haber alguien más —vivo o muerto— en las grandes oficinas, si por «oficinas» se entendía aquella serie de salones de recepción para reuniones de mucha altura, al final de los cuales había un dormitorio regio, para reuniones de más «altura» aún. Sin duda, allí las relaciones públicas se cuidaban hasta en los menores detalles.

Mi olfato me llevó a aquel dormitorio.

Metí mis hocicos en él.

Ya lo saben ustedes: yo huelo la sangre.

Y tampoco me equivoqué esta vez, porque en aquel marco regio, ideado para aventuras eróticas que no hubieran podido publicarse en Copenhague, yacía un caballero que no volvería a preocuparse de las señoras nunca más. Tenía en el cuerpo poca ropa, poco color y poca sangre. El tajo que le habían asestado en el cuello era definitivo.

Mi instinto me dijo: «Este fulano tiene que ser Hamid, el representante de los emiratos pérsicos, y estaba liado con aquella fulana. A los dos los han liquidado. ¿Por qué?».

Y sobre todo: ¿«Quién»?

Pronto tuve la respuesta. Las dos furias vinieron hacia mí. Las dos, con muy poquita cosa. Las dos, con cuchillos de metro y medio, capaces de arrancar la piel incluso a un tío como yo, que la tiene de cemento. Comprendí que no querían hacer ruido.

Vi muy bien sus sostenes cruzados, sus medias Christian Dior, sus zapatitos Quinta Avenida; sus collares de Cartier.

Muñecas de lujo. Señoritas de altura para hombres que cuentan

por millones.

Pero ahora, las dos querían dedicarse, en exclusiva, a mí. ¡Y de qué manera…! Vestidas de un modo que hubiera excitado a un difunto, me atacaban una por cada lado.

Hay algo peor que dos asesinos: dos asesinas.

Las mujeres son más rabiosas, tienen un instinto más certero para matar. Las mujeres no se atienen a reglas. Cuando se lanzan, son pura agresividad. Resulta casi imposible esquivarlas, porque no sabes lo que harán en el segundo siguiente.

Claro que yo disponía de mi bull-dog y pude haberlo usado, pero, en parte, no me quedaba tiempo para sacarlo y, en parte, quería a aquellas dos muñecas, vivas, no muertas. En eso me diferenciaba de las dos monadas: me querían muerto, no vivo.

Salté hacia la pared y reboté en ella.

Era el único sitio por donde podía escapar.

Las dos clavaron sus cuchillos casi en el mismo sitio de la pared, donde unos segundos antes había estado mi cuerpo. Pero yo ya había hecho un plongeón y pasado por encima de sus brazos.

Rodé por la alfombra.

Giraron hacia mí.

Les confieso que ustedes también se hubieran olvidado de la muerte. Les aseguro que la panorámica de sus piernas, al avanzar, era obsesionante.

Me puse en pie, dando una media vuelta de campana en el aire. Vi que la más peligrosa era la muñeca de la derecha, que venía hacia mí en línea recta.

La esquivé. Su embestida había sido demasiado frontal. No tenía flexibilidad.

Y le di un golpe, de los que suenan en la parte donde la espalda pierde su nombre. Fue, en parte, una caricia, y en parte un trompazo de campeonato. La ninfa se me desconcertó. De pronto, ya no supo lo que era aquello.

Pero la otra ya venía.

También su embestida era demasiado recta. Las dos parecían un poco alucinadas. Pude esquivarla haciendo un quiebro y la sujeté por el pelo cuando pasaba junto a mí. De un solo golpe en el

antebrazo le hice soltar el cuchillo.

Lanzó un gemido.

La otra se lanzaba de nuevo.

Pero, de pronto, parecía desorientada y hasta daba la sensación de que no veía bien. Fue relativamente fácil sujetarle la muñeca derecha con las dos manos, inmovilizarle la mano y tirar de ella para cargármela a la espalda. Nunca he tenido encima un «paquete» más dulce. Sin embargo, la envié dé pronto contra una pared, que retembló con el impacto.

La panorámica fue lo que se dice majestuosa.

Vamos. Para filmarla.

No obstante, no pude entretenerme, porque su compañera iba a recuperar el cuchillo caído en tierra. Le pisé los dedos y lanzó un gemido de dolor. Luego le aticé un directo a la mandíbula que la envió contra una butaca.

Fui hacia ella.

La sujeté brutalmente.

Creyó que iba a matarla.

Y, realmente, ya saben ustedes que mis maneras no son suaves. Mis enemigos suelen acabar, cuando menos, en el pulmón de acero o la sala de urgencias.

Pero con mis enemigas es distinto, ya lo saben ustedes también.

Hay que guardar respeto a las señoras…, pero sin pasarse, ¡caramba!

Bruscamente las sujeté a las dos por el pelo y las oprimí contra la pared. Sus bocas se contraían de miedo. Noté que, de pronto, se hundían, que sus energías físicas bajaban como una columna de mercurio en una cubeta de hielo.

—Nada va a ocurriros —dije—. Sólo quiero saber quién os ha traído aquí.

Tardaron en contestarme. Eran dos bellezas morenas, ardientes y llenas de flexibilidad. Me di cuenta, en seguida, de que no debían ser norteamericanas.

—¿Beirut? —pregunté.

Contestaron con un mismo gesto de cabeza. Al parecer, les costaba hablar.

Y entonces me di cuenta de otra cosa; una cosa que me llenó de indignación y, al mismo tiempo, de asco. Estaban drogadas. Las

habían convertido en dos muñecas mecánicas, aptas sólo para el amor y la muerte.

En cierto modo, no se daban ni cuenta de lo que hacían.

Me di cuenta, también, de que hubiera sido injusto matarlas, cosa que había estado a punto de hacer. Por lo tanto, las seguí tratando con la misma dulzura. Las hice sentar en un diván y yo me senté en medio.

Listo que es uno.

La más joven susurró:

—Nos trajeron la semana pasada.

—¿Quién os había comprado, en Beirut?

—Un jeque llamado Jaurin Gafer. Tiene tanto dinero, que todavía circula en un «Rolls» de plata maciza.

—¿Qué pasa? ¿Va renovando su harén entre las mujeres de Beirut?

—Sí. A Beirut llegan… llegan chicas de todo el mundo.

Se iban rehaciendo un poco. Mientras hablábamos, las besaba suavemente. Yo también me iba «rehaciendo». Pensé que quizá ahora, y solamente ahora, se daban cuenta de su exacta situación, de la magnitud de todo aquel horror.

—¿Jaurin Gafer os tuvo en su casa?

—Sí.

—¿Cuántas mujeres le rodeaban?

—Unas veinte.

Me daba cuenta de que las chicas que tenía a los lados pertenecían a ese privilegiado grupo. Al grupo de las que, al menos, podían viajar, ver mundo, sentir lejanamente el contacto de la libertad.

Pero con una importante diferencia: las habían drogado, hasta la monstruosidad, para que hiciesen «algo».

—¿Quién os ha traído aquí? —pregunté.

—Jaurin nos vendió a… a Hamid.

—Hamid es el representante aquí de los emiratos árabes. O mejor dicho, lo «era», porque está muerto. Seguid.

—Teníamos que vivir aquí. Entretener a los hombres de negocios árabes que llegaban a Nueva York para tratar del petróleo —dijo la que estaba a la izquierda.

Volví la cabeza. Admiré la calidad de sus piernas.

Y sentí una sorda congoja.

—¿Pero por qué habéis matado a Hamid? —pregunté.

Ya estaba dado el paso. Yo ya había formulado mis sospechas en voz alta, pero lo había hecho con dulzura, de forma que no pareciese una acusación. Cosa extraña en mí, me estaba convirtiendo en un policía de los que reparten caramelos, en lugar de repartir entradas para la sala de autopsias.

Noté que temblaban las dos. Su delicioso temblor se transmitió a mi cuerpo.

Y comprendí muy bien el que no contestaran, porque la respuesta era obvia. Estaban drogadas; no sabían lo que hacían. Quizá se hubieran matado la una a la otra, con tal de conseguir salir de aquel infierno.

—¿Por qué estaban aquí esas otras mujeres? —pregunté, desviando la cuestión.

—Iba a celebrarse una fiesta.

—¿Sólo con Hamid?

—No. También tenía que venir Jaurin Gafer.

—O sea una fiesta con tantas chicas que uno se marea, ¿no? Pero Jaurin Gafer no ha venido…

—No, no ha venido.

Inmediatamente me di cuenta de la situación. El tal Hamid no debía haber sido un santo, al menos en materia de señoras. Organizaba fiestas, fuera para sus invitados fuera para su deleite propio. A una de tales fiestas debía haber acudido el tal Jaurin Gafer; quizá incluso la había organizado él, indicando que podían asistir a la misma, las dos chicas recientemente vendidas. Pero las dos chicas eran como dos pequeñas bombas de relojería. Eran incapaces de pensar por sí mismas. Hasta el hígado se les había convertido en marihuana. Atiborradas de droga hasta la punta de los cabellos habían recibido una sola orden: matar para así poder recobrar la libertad.

Y habían asesinado, incluso, a la otra, a su desdichada compañera que también iba a participar en la fiesta. Jaurin Gafer acababa de cometer el crimen perfecto. Se había deshecho de Hamid utilizando a dos perfectas irresponsables.

Pero supuse que, ahora, quedaba la segunda parte.

Ahora las eliminaría.

Los efectos de la droga no duran siempre.

Y a él le convenía que no hablaran. Por lo tanto, enviaría a alguien para liquidarlas, apareciendo todo, a ojos de la policía, como una especie de monstruoso asesinato ritual. Incluso era posible que acabara culpándose de ello a una colonia de *hippies*.

Susurré:

—¿Qué tal es el perro carnicero ése, llamado Jaurin Gafer? ¿Cómo se comporta con vosotras cuando…, bueno, cuando os usa como mujeres?

La respuesta, sorprendente, me dejó helado.

La de la derecha, musitó:

—No nos ha tocado nunca.

—¿Cómo? ¿Entonces para qué os compró en Beirut?

—Tiene muchas chicas. Suponemos que, de momento, nos mantenía algo así como «en reserva».

—¿Y las otras? ¿Qué decían?

—No hablábamos con las otras. Estábamos aisladas. Sabíamos que había otras chicas, pero las mantenía siempre separadas, de dos en dos, quizá para que no se armara una revuelta contra él.

—¿Quién os vigilaba?

—Otras mujeres. Iban siempre armadas.

Todo aquello me hubiera podido parecer a mí, muy del siglo pasado, pero, en realidad, sabía perfectamente que aún hoy existe ese mundo. Basta con leer las repetidas denuncias que ha hecho la ONU: la incansable trata de blancas en Beirut. Y las caravanas de bellezas negras que continuamente son enviadas en secreto a los países árabes, donde se pierde su pista.

—¡Bien…! —dije, con la máxima suavidad—. ¡Tampoco os va a pasar nada, ahora! Lo importante es que Jaurin Gafer os ha empleado como instrumentos ciegos y ahora querrá eliminaros. Por lo tanto, corréis un peligro que yo estoy dispuesto a evitar. Lo primero que voy a hacer es sacaros de aquí.

Sus cuerpos se tensaron. La sensación del miedo —que es una de las más curativas que existen— estaba haciendo desaparecer, a marchas forzadas, el demoledor efecto de las drogas.

La de la derecha, preguntó:

—¿Cómo?

Besé su boca.

Lo hice para infundirle confianza.

Ustedes me entienden. Yo soy un buen chico. Nadie tiene derecho a pensar otra cosa.

—Os sacaré de aquí —afirmé—. Ahora lo que tenéis que hacer es vestiros. Lleváis muy poquita cosa encima.

—De acuerdo. ¿No… nos harás ningún daño?

—El daño que yo os haría no lo ibais a notar, nenas. Pero dejaremos esas importantes lesiones para mejor ocasión. ¡Hala!

Y se pusieron en pie. Fueron hacia el cuarto de baño, porque sentían náuseas. Me di cuenta de que estaban bastante mareadas.

—Una ducha os sentará bien —dije—. ¡Esperad!

Y busqué dos grandes toallas.

Allí no faltaba nada. Unas simples toallas de baño, eran piezas bordadas que constituían unas obras de arte.

Las chicas descorrieron las cortinas de la ducha.

Y entonces, en cuestión de segundos, ocurrió todo. Entonces tuve la sensación de que iba a volverme loco.

CAPÍTULO XIV

Los dos individuos morenos saltaron a la vez. Eran gentuza de los más sucios puertos norteafricanos; asesinos baratos, delincuentes de a tanto el muerto. Habían estado ocultos allí todo el tiempo, para una misión concreta, pero yo me daba cuenta de ello solamente ahora. Esa misión consistía en liquidar a las dos chicas cuando ya no hicieran falta.

Movieron los cuchillos con una precisión a la vez satánica y admirable.

Fue algo que me heló la sangre en las venas.

Las gargantas de las chicas fueron segadas.

Pero, de pronto, reaccioné.

Ahora aquellos dos tipejos vendrían a por mí.

Y volví a ser esa persona amable, comprensiva, cariñosa, que todos mis amigos aprecian. Volví a ser uno de los proveedores de material para las salas de urgencias más importantes que hay en Nueva York. De pronto, me incliné y recogí en la puerta del cuarto de baño uno de los largos puñales que habían empleado las chicas.

Lo lancé.

El puñal era de primera. Acero inoxidable. Mango de plata. Pagado al contado.

Todas aquellas excelencias pudo apreciarlas «en directo» el fulano en cuyo corazón lo dejé clavado hasta las cachas. Me di cuenta, inmediatamente, de que ya no me molestaría más. Y fui hacia el otro.

Venía como un bólido hacia mí.

También debían haberle dado la consigna de no hacer ruido. De usar sólo el arma blanca.

Esquivé.

Ya he dicho que era un asesino barato.

Cuando pasaba junto a mí, lo sujeté por la espalda.

Lo levanté en vilo.

Ya sé que no hubiera debido hacerlo. Quizá me hubiera convenido obligarle a hablar. Pero los que me conocen ya saben que, de vez en cuando, se me va un poco la mano.

Sólo un poco.

El tipejo rompió la ventana contra la cual yo le había lanzado amablemente, y salió disparado sobre la calle. No sé cuántas vueltas de campana debió dar en el aire. Fue una fantástica exhibición de vuelo sin motor. Pero, al final, le fallaron las alas —supongo— y se hizo tortilla contra el pavimento.

Comprendí que tenía que salir de allí.

Todo el mundo sabe que no soy un policía corrompido.

Pero quizá por eso mismo, me meto en cada lío de espanto.

Si me encontraban en aquel cementerio, ya no podría presentarme a candidato para la alcaldía de Nueva York, como tengo pensado hacer un día de éstos.

Fui a salir.

Y, de pronto, aquello me deslumbró.

Tuve la sensación de haber sido cazado en un arco de fuego. La luz de los faros era deslumbradora. El bólido que estaba en el fondo del callejón vino hacia mí con la velocidad de un «Matra» de los que corren en Le Mans.

La cosa estaba clara.

El conductor venía a pedirme tabaco.

Lo que pasaba, era que antes me sacaría los sesos por las orejas.

Salté otra vez como un simio, mientras mis ojos se desencajaban. Logré colgarme de la parte inferior de la escalera de incendios. El bólido pasó bajo mis pies, rebotando contra las paredes del estrecho callejón a causa del nerviosismo del conductor, que de pronto, había dejado de verme.

Saltaron chispas y virutas de todas partes. Los flancos del magnífico coche se convirtieron en chatarra. Uno de los parachoques saltó en seco. Oí, dentro, una terrible sacudida, quizá porque el tipo que estaba dentro se dio cuenta, de repente, de que no se puede conducir a ciento diez por un callejón.

Eso me permitió disponer de un tiempo casi precioso, Me dejé

caer sobre el techo del magnífico bólido.

Y entonces oí el disparo.

* * *

Me encogí maquinalmente. Supe que iban a por mí. Se habían dado cuenta de que estaba en el techo del automóvil y acababan de disparar hacia arriba. La bala tenía que haberme atravesado.

En cuestión de segundos pensé en una serie de cosas. En mi testamento, por ejemplo. Y en la serie de chicas a las que ya no podría tocar. Y en mis deudas atrasadas.

Pero tengo la suficiente experiencia en balazos y otras caricias por el estilo, para estar demasiado tiempo en aquel error. Pronto me di cuenta de que el techo estaba intacto y de que no habían disparado contra mí. La detonación había sonado en el interior del bólido, pero la bala iba dirigida contra otro.

Noté que el motor se había calado.

El coche patinó contra la pared, dejándose un faro en el camino.

Y se hizo el silencio.

Hasta que oí aquel sollozo.

Era un sollozo que sonaba dentro del coche, bajo mi cuerpo.

Salté por el poco espacio que quedaba en el lado izquierdo, y miré hacia el interior. Fue entonces cuando vi a la chica. Y al tío.

Claro que en el tío no me fijé demasiado.

Tenía pinta de matón a sueldo. Pero de matón caro, y guapo.

Un poco a lo Marlon Brando.

Buena planta.

Sonrisa desdeñosa.

Claro que lo de la sonrisa se lo habían estropeado.

Lástima.

La bala se le había llevado, por delante, media boca.

La chica que acababa de liquidarle estaba en el asiento delantero, junto a él, pero tenía las manos atadas a la barra del volante, de modo que no podía escapar. Tenía que haber hecho verdaderos equilibrios para quitarle, a aquel cerdo, la pistola que llevaba en uno de los bolsillos, mientras conducía locamente. Pero durante los segundos en que la tuvo entre los dedos, la había manejado bien.

Ésta no estaba drogada.

Sollozaba convulsamente.

Abrí la portezuela y vi todo lo que tenía que ver. Sus piernas de *miss* Universo. Su escote generoso. Sus medias caras. Su boca temblorosa. Sus párpados, que hasta un buitre como yo hubiera querido besar.

La prisionera estaba deshecha, después de matar a un hombre, después de darse cuenta de que tenía una posibilidad de salvación en la que no podía creer todavía. Por eso, hasta una mula se hubiera dado cuenta de que necesitaba cariño, comprensión, ternura…

Y a mí me sobraban todas esas cosas, como todo el mundo sabe. Pregunté, cariñosamente:

—¿Qué? ¿Tú eras otra de esas pájaras que tenían que hacer exhibiciones arriba?

No me pudo contestar.

Simplemente, me miraba con los ojos llenos de lágrimas.

—Te lo he preguntado con toda educación, nena —dije—. ¿Eras o no eras, una de ésas?

Sollozó:

—Por favor, sáqueme de aquí…

—Siempre soy amable con las chicas. Lo haré.

Con el que no fui amable fue con el tío. Tiré de él y lo estrellé contra la pared.

Me situé en su asiento, sin la menor aprensión. Las enfermedades causadas por las balas no se contagian. Sin soltar a la chica, porque, de momento, me interesaba tenerla quieta, hice marcha atrás en el callejón, ya que había una salida por el otro lado y a mí no me interesaba aparecer en la calle principal, donde cada vez más gente estaba arremolinada contemplando aquella nueva receta culinaria consistente en tortilla de hombre. Sólo cuando estuvimos a salvo y pude dar gas a placer, me volví, para mirar a la chica.

—¿Nombre? —pregunté.

—Sally.

—¿Edad?

—Veinticuatro.

—¿A qué guarrada te dedicas, chata?

—Me compraron en Beirut.

—Vaya, como las otras…

—¿Qué ha pasado con las otras?

—Ya leerás en los periódicos la hora del entierro, pero lo único que puedo asegurarte es que yo no les he roto ni una uña. De todos modos, no te preocupes porque tú estás a salvo. Cuéntame qué ocurrió.

Mientras ascendíamos por Riverside Drive, dejando a la izquierda el, esta noche, turbulento curso del Hudson, me contó la historia. Era patéticamente parecida a la de las otras. Contrato para ser una gran artista; retirada del pasaporte en cuanto llegó a su destino; paliza propinada por cuatro árabes para amansarla; violación colectiva durante una salvaje noche. Después de eso, ya no quedaba nada de ella, ya no restaba más que un guiñapo sin alma, una muñeca de seda a la que podían exprimir y quemar, a la que podían vender por un puñado de oro, cada vez. Después de eso, de Sally ya no quedaba nada.

Noté que mis párpados temblaban un momento.

Doblé bruscamente hacia el Memorial Grant.

—A las otras, el tal Jaurin no llegó a tocarlas —dije—. Supongo que porque tenía otras mujeres más importantes. ¿A ti sí?

—A mí sí.

—Vaya, ya es algo. ¿Para qué te habían traído aquí, esta noche?

—Por si hacía falta… alguna chica más.

—¿Estabas algo así como en reserva?

—Se puede decir que sí.

—¿Y por qué no te han drogado, como a las otras?

Ella indicó, con un gesto de cabeza, hacia el asiento posterior.

Yo miré hacia atrás, de soslayo. Vi varias cajas con ampollas. Allí había preparados de cocaína suficientes para drogar al Congreso de los Estados Unidos.

—Nena —dije, suavemente—, siento una especial simpatía por el tal Jaurin Gafer. Por lo que sé, ha hecho lo siguiente.

Y se lo dije.

¿Por qué no?

Jaurin Gafer se había enterado de que un árabe que amaba la paz, llamado Hamid, se había puesto en contacto con un judío que amaba la paz, llamado Rayan. Se había enterado, también, de que ambos se habían puesto en contacto con un multimillonario que

amaba la paz, llamado Theodore Jackson. Y los había eliminado a todos, porque a él no le interesaba la paz, sino la guerra. ¿Cuál era la razón?

La misma muchacha me dio la respuesta, mientras llegábamos ya a las cercanías de mi aristocrático precinto.

—Jaurin Gafer es un traficante de armas —dijo—. Pero un traficante en grande. Dota de todo lo que necesitan a las guerrillas palestinas y, además, administra el dinero de éstas. No sé si un hombre como tú, que vive de un sueldo, se puede hacer idea de lo que eso significa, pero te diré que se trata de docenas de millones de dólares.

—Pues le calculo cinco minutos de vida, a partir de ahora. Estoy seguro de que no tardaré en alcanzarlo.

—Ni siquiera sabes si está en Nueva York. No darás con él nunca.

La chica estaba recobrando el aplomo, a pesar de que aún seguía atada a la barra del volante. Me desafiaba con la mirada diciendo: «Estás dando vueltas en torno a un sitio al que nunca llegarás». Y a mí, las chicas con aplomo, la verdad, me fastidian bastante.

De modo que detuve el coche, y la besé.

No pudo defenderse.

Además, ¿qué necesidad tienen de defenderse las chicas?

—Más vale que me sueltes —susurró, cuando pudo hablar.

—¿Para qué?

—Para poder abrazarte, idiota.

Suspiré hondamente.

—¡Bueno! —dije—, supongo que a ese maldito de Jaurin Gafer, no le importará tener un sustituto…

Y dejé suelta a la chica, mientras rodábamos hacia mi apartamento.

CAPÍTULO XV

Estaba todavía sumido en las brumas del sueño, por la mañana, cuando me llamó por teléfono el jefazo. El tío estaba en plena forma, a lo que parece. Quería darme un ascenso. Es decir, quería subirme hasta la punta del Empire State para luego dejarme rodar desde allí. Se acordó de todos mis parientes, incluido mi desconocido padre.

—Éste es día de trabajo para usted, Kenton —masculló—, y sin embargo, no ha comparecido aún en el precinto. Lo tiene lleno de indeseables, de golfos, de invertidos, de camorristas y de policías, que es peor. Aquí hay un desorden espantoso, pero no le llamo por eso.

Acaricié los cabellos de Sally.

Delicioso pelo, que le caía por la espalda.

—¿Entonces por qué? —susurré.

—Alguien ha descubierto una serie de muertos, durante la pasada noche. Montañas de muertos.

—Mucha gente la palma en Nueva York —dije—. Ésta es una ciudad húmeda.

—¿De veras no tuvo nada que ver con eso, Marciano Kenton? ¿No será que aprovechó su día libre?

—No —mascullé—. No lo aproveché ni la mitad de lo que debía. Y oiga bien, jefazo: en el precinto se pueden pasar muy bien sin mí, durante unas horas más. Ya saben lo que tienen que hacer: encerrar a todo el mundo que entre, aunque sea para preguntar la hora. Le llamaré más tarde.

Y colgué.

Sally me miraba pensativamente; se apartó de mí, dirigiéndose a la ducha.

—Hay tormenta —dijo, mientras corría las cortinas que ocultaban el higiénico artilugio.

—Sí.

—Pero tú no estás encargado de esto, ¿verdad?

—No. Si me metí en este asunto fue por una riña entre vagabundos que parecía una de esas rutinas de cada día. Pero, ya que estoy metido, voy a seguir hasta el final. Hay demasiada gente esperando turno en el depósito de cadáveres, para que yo ahora me retire.

—Supongo que sabes perfectamente que esto no se puede considerar terminado hasta que atrapes a Jaurin Gafer. Por desgracia, ya no habrá paz en Oriente Medio, pero, al menos, querrás que ese criminal pague lo que ha hecho.

—Y con intereses bancarios, nena.

—Quizá yo pueda ayudarte.

Se deslizó fuera de la ducha.

—Ninguna de las muchachas que llegaron de Beirut consiguió lo que yo pude conseguir —dijo—. Una foto de Jaurin. Él no lo sabe, pero cierta vez nos retrataron juntos, cerca de Damasco. Casi fue milagroso el que haya podido conservar aquello.

Mientras se secaba, me señaló su vestido. Lo palpé. Cosida al forro de la falda había una cosa blanda.

Rasgué aquel forro y saqué la fotografía. Aunque no había estado nunca allí, me fue fácil reconocer el paisaje. Muchas fotografías y muchos noticiarios, han mostrado ese pedazo de la tierra. Primero, la llanura estéril y casi infinita, de un color amarillo. Era la llanura de Bekaa. Al fondo, el monte Hermón, que se divisaba como una mancha. En efecto, la foto había sido tomada no lejos de Damasco.

Sally vestía de blanco y estaba junto a un hombre que vestía de blanco, también. El hombre, alto, joven y de aspecto orgulloso, era un árabe. Se le notaba muy seguro de sí mismo. Le pasaba a ella el brazo, protectoramente, por encima de la espalda.

Lo curioso era que, pese a su aire altivo, el tal Jaurin Gafer no tenía cara de mala persona. Más bien parecía un hombre contemplativo y un poco apagado. Pero yo ya había tenido motivos más que suficientes para ponerme en guardia contra esa gente que parece dormir, mientras afila el cuchillo con el que te va a sacar el

hígado.

—Es él —dijo Sally lacónicamente—. Ninguna otra de las chicas consiguió tenerlo de esa manera.

—Sí… Ya me dijeron que no les había hecho maldito caso.

—¿Te sirve de ayuda?

—Claro que me sirve de ayuda. Sobre todo, si sé en qué maldito lugar del planeta puedo echarle el guante. Aunque me doy cuenta de que es inútil. Yo no tengo atribuciones fuera de esta ciudad. En realidad, ni siquiera dentro de ella las tengo.

—También en eso puedo ayudarte —murmuró Sally enigmáticamente.

—¿Qué… quieres decir?

—Que Jaurin Gafer está en Nueva York. Por descontado que no pudo ordenar todos esos crímenes estando fuera. Y hasta puedo decirte en qué sitio te va a ser posible encontrarle.

Mis nervios vibraron.

—¿Dónde? —pregunté.

—En el sitio en que me tuvieron encerrada, cuando llegué a esta ciudad.

—¿Qué sitio es ése?

—No sé si conoces la zona de Palm Beach.

—Como una rata conoce su madriguera —dije.

—Cerca de la playa hay una finca aislada, llamada The Court. Tiene un color amarillo pálido. Es una finca antigua, un tanto pasada de moda. Jaurin Gafer ha establecido allí su cuartel general.

Mis nervios seguían vibrando.

—¿De cuántos hombres dispone? —barboté.

—Tú has hecho una escabechina, ¿verdad?

—Bueno… Verás… Dentro de la modestia, uno hace lo que puede.

—Pues supongo que ahora dispone de tres asesinos, como máximo. Eso es todo.

Hice crujir mis nudillos.

No sé qué cara debía poner en este momento, pero tuve la sensación de que la ninfa se asustaba.

—De todos modos —balbució—, tres hombres además de… de Jaurin Gafer son demasiado para ti solo.

—No te preocupes —dije—. Les clavaré los dientes hasta el

fondo.

—¿Y si te los rompes?

—Me compraré una dentadura postiza.

Y salí, haciéndole un gesto para que permaneciese en aquella habitación. Doy por descontado que me entendió. No tenía que moverse para nada.

Cuando me dirigí hacia la zona de Palm Beach, al otro lado de la zona metropolitana, no podía contar más que con un amigo: mi revólver de cañón corto. Pero me bastaba.

De paso me detuve en una funeraria de las que abundan en la zona más baja de Brooklyn.

—¿Quiere darme un catálogo de ataúdes? —pregunté.

Y cuando lo tuve en las manos, ya de vuelta hacia el coche, mascullé:

—¡Qué precios! Si a cada asesino le obligaran a pagar el entierro de su víctima, en Nueva York se acababan los asesinatos…

CAPÍTULO XVI

Ya se sabe que las hienas sólo actúan de noche.

Y eso era lo que tenía proyectado yo: atacar de noche para que aquellos buitres no pudiesen verme. Cuatro buenos tiradores contra mí eran demasiados como para exponerme a cometer un descuido, y por lo tanto necesitaría aprovechar hasta el máximo el factor sorpresa.

Pero, por otro lado, tenía miedo de que Jaurin Gafer se me escapase de entre las garras. Se debía de haber enterado ya del picadillo de granuja que yo había hecho con todos sus secuaces y, por lo tanto, no tendría nada de extraño que emprendiese el vuelo. En consecuencia, necesitaba acelerar mis actos. Quemar etapas.

Pensé que podría tal vez conseguir el mismo efecto de sorpresa durante el día, que durante la noche.

La casa de la zona llamada Palm Beach era fácilmente reconocible más allá de las playas desiertas en invierno, escondida entre una mancha de árboles que podían convertirla en una fortaleza. Bastantes gerifaltes de la Mafia tenían casas aisladas como aquélla, casas antiguas y de sólidos muros, capaces de resistir cualquier asedio.

Por eso no me fié.

Dejé el coche a bastante distancia.

Y anduve a pie por un camino secundario, sobre el que volvía a soplar el maldito cierzo del norte. Los bordes se iban cubriendo de finas líneas de hielo. La niebla baja era tan espesa que impedía ver a veinte pasos.

Eso me favorecía.

La niebla iba a ser mi aliada.

Por eso me decidí a atacar.

Al llegar a los primeros árboles, comprendí que allí tenía que haber, por fuerza, algún sistema de escucha. Dados los enormes medios económicos de que disponía Jaurin, lo habría previsto todo, sin reparar en gastos. Por lo tanto, era seguro que existirían micros en los árboles (en Vietnam ya se utilizaron unas flechitas casi invisibles, del color de la corteza, provistas de un micro ultrasensible), o detectores de rayos. Seguro que, en cuanto avanzase, los de la casa sabrían, inmediatamente, que yo estaba allí.

Por lo tanto, oteé el panorama.

Todos mis sentidos estaban alerta.

Pero de ningún modo pude imaginar que las cosas rodaran tan rápidas. No esperaba que pudieran estar esperándome en los mismos lindes del bosque.

Hombres ocultos entre las ramas, en lo alto de los árboles.

Provistos de rifles con silenciador.

Y equipados con miras telescópicas.

Si me dejaron penetrar en el bosque fue para que ya no pudiera salir luego de allí, para tenerme seguro en la encerrona. El primero que disparó estaba a mi espalda. Me cortó la retirada con su bala.

Claro que no tenía ese simple propósito. No quería cortarme la retirada, sino cortarme les huesos del cerebro. Su bala fue dirigida a mi cabeza con una precisión matemática.

Si me salvé, fue por el movimiento de aquella rama. El viento helado las hacía oscilar casi furiosamente. Me golpeaban la cara por delante y la nuca por detrás. Cuando el plomo vino hacia mí, la gruesa rama me azotaba y durante unas décimas de segundo llegó a cubrirme casi la cabeza.

Se desgajó, de pronto.

No oí nada, pero tengo la suficiente experiencia para saber cuándo la muerte está respirando a mi espalda. Lancé una sorda imprecación, mientras me dejaba caer al suelo y sacaba mi bull-dog.

No se lo van a creer.

Pero aquello fue como una alegría para mí. Fue la alegría, como un tiburón al que dan carnaza, aunque dentro esté el anzuelo esperando. De pronto, todas las incertidumbres, todas las dudas habían cesado. No me quedaba por hacer más que la única cosa por la que había venido allí: pelear.

Rodé junto al tronco del árbol.

El fulano iba a disparar de nuevo.

Pero los rifles con visor, tienen un defecto: una vez perdido el objetivo, cuesta mucho «situarlo» otra vez, a causa de la pequeñez del punto de mira.

Los segundos preciosos que llegó a perder mi enemigo ya no llegaría a recuperarlos jamás. Le metí la bala entre las dos cejas. Mi bull-dog ladró como una jauría entera.

Pero otro pájaro, en lo alto de una rama, me estaba buscando.

Hizo girar su rifle.

Me tenía ya.

Lo malo era que yo no podía verlo, porque ignoraba completamente la posición de mis enemigos. Lo que le delató fue el grito salvaje de otro de los que estaban entre los árboles:

—¡Dale, maldito! ¡Ahora!

Yo no sabía desde dónde iban a «darme».

Pero inicié una vuelta sobre mí mismo, como precaución elemental. La bala se hundió en un tronco junto a mí cabeza. Vi confusamente a un fulano vestido de negro que llegaba zigzagueando entre los árboles, para situarse a corta distancia.

Debía ser el que había gritado.

En cierto modo, debía ser el que me había salvado la vida.

No se lo agradecí.

Perro rabioso que es uno.

La bala le alcanzó en mitad del cuerpo y le hizo soltar su arma, mientras lanzaba un alarido. El de arriba volvió a disparar.

Pero no me veía bien. La niebla, que lo cubría todo, hacía borrosos los objetos. Yo tenía la ventaja de que todos los que distinguía eran enemigos, mientras que ellos estaban, ahora, hundidos en una especie de brutal confusión.

El de arriba envió una bala de tanteo, sin mirar por el visor, ya que, de momento, me había perdido. Cuando me obligó a salir de mi precario refugio entre dos árboles, se dio cuenta de que, en efecto, era yo. Entonces llegó a verme bien.

Y yo a él.

Nos enfrentamos cara a cara, a una distancia de unos veinte pasos.

Fue todo una cuestión de rapidez.

Como en el viejo Oeste.

Como siempre que dos tipos han luchado cara a cara.

Mi bull-dog fue mucho más veloz. Yo tenía ya el brazo extendido y dispuesto para el disparo. Le hice saltar de la rama como un pajarraco gigantesco, mientras lanzaba un alarido que se oyó en todo el bosque.

Ya no perdí más tiempo.

Avancé en zigzag, mientras recargaba los plomos que acababa de gastar. Vi entonces, al final de los árboles, la casa amarilla que parecía esperarme. Y sentí que se me secaba la boca mientras mis músculos se contraían.

Narices.

Demasiado espacio descubierto.

Por lo visto, ya no quedaban más enemigos en el bosque, pero hacía falta estar borracho para suponer que no me esperaban en la casa. En consecuencia, volví sobre mis pasos y cargué con uno de los muertos.

Salí del bosque, llevándolo por delante.

A aquella distancia, los de la casa no lo notarían.

Sólo vieron a alguien que se acercaba, y entonces enviaron la ráfaga desde una de las ventanas. Los muy hijos de perra tenían una ametralladora ligera. Caí bruscamente, mientras el cuerpo que yo llevaba delante era atravesado por las dos primeras balas. Las otras pasaron por encima.

No podían ver si era un cuerpo o dos los que acababan de caer. Íbamos vestidos, más o menos, con ropas del mismo color. Y la niebla lo confundía todo.

Su primera reacción fue pensar que me habían dado. La cosa estaba tan clara que no dudaron ni un momento. Dos hombres, que llevaban metralletas ligeras, salieron de la casa amarilla para venir hacia mí.

Sujeté el bull-dog con ambas manos.

Un revólver de cañón tan corto, no es demasiado bueno para

hacer puntería a tanta distancia.

Pero notarían el truco, cuando estuvieran a unos treinta pasos, de modo que tenía que arriesgarme. Por eso sujetaba el revólver con ambas manos, a fin de garantizar hasta el máximo la precisión de los disparos. Además, no puede negarse que tengo una puntería bastante aceptable. El día en que me suicide, no fallaré.

Envié la primera bala.

Vi saltar a uno de los hombres.

Levísimo giro de mis dos manos.

Segunda bala.

Ninguno de los dos había esperado aquello, de modo que fueron cazados de lleno. Cayeron como si los hubiera derribado el viento. Uno de ellos envió al vacío una ráfaga inútil antes de diñarla.

Tampoco perdí un segundo. Corrí hacia la casa.

Aquellos tipos debían ser los mismos que manejaban la ametralladora, porque la máquina no llegó a ladrar de nuevo. Me planté en la puerta, respirando agitadamente, mientras sentía que los músculos empezaban a dolerme, a causa de la tensión.

Empujé la puerta.

Y oí un grito.

El que fuese, estaba disparando con metralleta desde el centro de las escaleras. Casi toda la puerta saltó de sus goznes. De no ser porque era gruesa y sólida, como casi todas las puertas de las casas antiguas, me hubiera hecho saltar de los goznes a mí también.

Era imposible entrar por allí, puesto que el paso estaba cortado por la nube de plomo. Entonces me deslicé en silencio hacia una de las ventanas y penetré por ella. Vi la pequeña ametralladora montada en un trípode. Era un buen trasto.

Y, como imaginé antes, no había nadie junto a ella.

La tomé en mis manos con trípode y todo, y la levanté. Una larga tira de balas colgaba del cargador. Puse el dedo en el gatillo, mientras avanzaba hacia una de las puertas.

Salí al vestíbulo.

Vi al fulano que estaba en lo alto de las escaleras.

Él me vio, también.

Pero hubo de girar un poco, cuando, en realidad, yo le estaba apuntando ya. Oprimí el gatillo mientras todo mi cuerpo se estremecía salvajemente.

La vibración de la máquina casi me tumba. La ráfaga fue ensordecedora. Si no le metí a aquel tipo treinta balas en el cuerpo, no le metí ninguna.

Saltó en el aire.

Se contorsionó.

Fue como si se partiera en pedazos.

Yo dejé de disparar, pero me acerqué, con la ametralladora aún a punto. Mis pies ascendieron los peldaños, mientras mis ojos vagaban por todas partes, buscando nuevos enemigos ocultos.

Al fin posé los ojos en aquella cara.

Y una leve sonrisa distendió mis labios. Era Jaurin Gafer. Lo había cosido a balazos. Lo había frito. Lo había dejado al ast.

Dejé caer el arma.

Estaba seguro de que ya no quedaban más pistoleros allí. Cuando Jaurin había tenido que cubrir las escaleras, es que ya no había nadie para ayudarle. Por lo tanto, la batalla había terminado.

Yo acababa de liquidar a la implacable banda. Había hecho añicos una de las organizaciones de asesinos más implacables del mundo.

No sólo eran responsables de los crímenes cometidos en Nueva York, sino de la continuación de una lucha implacable que ha causado ya miles de víctimas inocentes en Oriente Medio. Por desgracia, esa lucha, que es un negocio para tanta gente, iba a continuar. Pero ni Jaurin Gafer ni su tropa de asesinos llegarían a verlo.

Oí entonces un leve ruido a mi espalda.

La puerta desencajada se estaba abriendo otra vez.

Alguien llegaba.

Giré velozmente, con la ametralladora a punto.

Si en aquel momento llego a ver un enemigo en aquella puerta, lo dejo convertido en harina de pescado. Juro que lo dejo de tal modo, que sólo hubiera faltado la lata de conserva para envasar sus restos. Pero no era un enemigo el que estaba allí. Era alguien que me hizo separar los labios, en una ancha sonrisa.

—Sally… —musité.

Su sinuosa y espléndida figura avanzó, poco a poco.

Sus ojos color miel me envolvían en una mirada cálida.

—Quería saber si necesitabas ayuda… —susurró—. Por eso te he

seguido. Pero la verdad es que no me atrevía a intervenir. Todo esto ha sido… espantoso.

—¡Quizá no tanto! —dije—. Lo que cuenta es el resultado final, y después de todo, Jaurin Gafer y sus últimos hombres han muerto.

La muchacha había apretado los labios y hecho una mueca, como si todo aquello le causara miedo y náusea a la vez. Hizo un gesto brusco, para volverse de espaldas.

—Necesito…, necesito alguien que me ayude —bisbiseó—. Me siento terriblemente sola. Estoy… deshecha.

A mí me sabe muy mal que las mujeres estén deshechas. Ustedes ya habrán comprobado lo amable que soy con ellas. Dejé la ametralladora para «atenderla» mejor…

Pero me quedé sin nada. Incluso sin la sonrisa.

Porque el cañón del revólver casi se clavó en mi frente.

Porque ella dijo, por entre sus dientes apretados:

—¡Quiero ver el color de tus sesos, perro…!

CAPÍTULO XVII

Creo que quedé con la boca abierta.

Sin poder reaccionar.

Hasta las hienas se sienten cortadas, alguna vez.

Durante unos segundos, no entendí nada de aquello. Me había encontrado con muchas sorpresas, desde que una noche me llamaron por teléfono. Había visto muchas veces la cara de la muerte y enfrentado a personas de las que jamás sospeché. Pero ella… ¿«por qué»?

Rió silenciosamente.

En su sonrisa había algo de macabro.

—Lo que jamás pudiste sospechar —dijo, antes de apretar el gatillo—, es que Jaurin Gafer no existe.

—¿Que… no existe?

—En efecto. Es sólo un nombre.

—Pero yo vi un retrato…

—Era uno de mis lugartenientes. Esa pobre piltrafa que ahora está en la escalera. Su nombre es Aldalah. Pero Jaurin Gafer no existió jamás. En realidad fue un nombre que di a una especie de fantasma. La que lo dirige todo soy yo. Yo soy la jefe del grupo, el cerebro de la organización, la que lo dirige y realiza todo. Pero para mantener el más perfecto secreto; para que nadie pudiera descubrirme jamás, «Inventé» un hombre llamado Jaurin Gafer. Él contrataba asesinos, él dirigía operaciones, él compraba mujeres para sus momentos de placer… Pero nadie le veía la cara, ni a las mujeres llegaba a tocarlas nunca. Cada una de ellas pensaba: «Es que ya tiene otras». Y si se ponía tonta, o llegaba a sospechar, se la enviaba a una misión de ésas de las que no se vuelve.

Hizo una breve pausa, mientras me barrenaba materialmente la

cara con el cañón del revólver, y masculló:

—Llegué a verme perdida, cuando tú saltaste sobre el techo de nuestro vehículo, en el callejón. Por un momento me di cuenta de que eras invencible; de que eras una especie de fuerza ciega que lo aniquilaba todo. Entonces, en unos segundos, cambié radicalmente de táctica. Me convertí en una buena chica. Liquidé al conductor.

—Pero tenías las manos atadas… —Pude decir, dominando un poco mi asombro, aunque todavía me costaba pronunciar las palabras.

—Normalmente, cuando se produce una situación que puede resultar comprometida, trabajo así. En tal caso, siempre puedo pasar por una prisionera. Pero las ataduras eran bastante flexibles y me permitían mover fácilmente bien las manos, en las que siempre conservaba una pistola. Eso me sirvió para salvar la piel, entonces, y para enviarte a la muerte más tarde, pues estaba segura de que aquí te liquidarían. Todo estaba muy bien preparado para recibirte. Sin embargo, has triunfado una vez más, ¡maldito! Una vez más, cuando ya no lo esperaba. Pero será la última…

Y fue a apretar el gatillo.

Yo no tenía la menor posibilidad de defensa.

Ni me quedaban fuerzas para moverme.

Por una vez en mi maldita vida estaba demasiado sorprendido. Demasiado desbordado por los acontecimientos, quizá. Por una vez en mi vida había caído en una trampa, que jamás pude imaginar.

—¡Lástima! —Fue todo lo que dije—. Podías haberme matado de otro modo más divertido.

Y esperé al fin.

Sin pestañear.

Al fin y al cabo, sin quejarme. ¿Para qué?

Oí la detonación.

Pero la detonación no tenía que haberla oído, ¡maldita sea! Uno no oye nada, ni menos llega a pensar que oye, cuando una bala atraviesa el cerebro de parte a parte. Uno no se entera cuando le fabrican un tercer ojo entre los dos que le fabricó su madre. Y sin embargo, yo «había oído»… Y no fue sólo eso. También vi tambalearse a Sally. Y caer hacia atrás. Y vi su maravillosa cara, que parecía hendida en dos. Y arrugarse sus piernas de diosa.

Luego giré la cabeza.

Mis vértebras chirriaron.

De pronto, me costaba moverme. Me había convertido en una especie de robot.

Vi la «Germán Luger» de Stella Rayan.

Su ojo negro y humeante.

Vi su boca antes tan acariciante y que, de pronto, se había vuelto rígida.

—Pero…, pero tú estabas en el hotel New Yorker… —Fue todo lo que pude decir—. No tenías que moverte de allí…

—Demasiado sencillo —murmuró ella, mientras bajaba la «Luger»—. Una mujer a la que han puesto en tantos peligros como yo, no iba a estarse quieta. Una mujer a cuyo padre asesinaron, no iba a esperar a que los otros lo hiciesen todo por ella. En consecuencia, te estuve vigilando. Te estuve siguiendo. Y ya has visto que una mujer, a veces, también hace falta.

—Las mujeres siempre me han hecho falta —dije, con toda la mala idea del mundo.

Y fui hacia ella.

Con gran rapidez iba recuperándome.

Y es que —se lo diré en secreto—, las señoras estupendas son la mejor aspirina que conozco.

Mientras abandonábamos aquel cementerio musité, enlazándola por la cintura:

—Demasiada diferencia de clase entre tú y yo. Demasiada pasta por un lado, y nada de pasta por otro. Esto no va a acabar como las historias rosa, nena. No podremos formar un nido.

—¡Tú qué sabes! Podríamos intentarlo, ¿no crees?

FIN



Francisco González Ledesma (Barcelona, 17 de marzo de 1927, 2 de marzo de 2015) fue un periodista, guionista de historietas y novelista español. Especializado en los últimos años en el género policíaco, fue considerado como uno de los principales impulsores de la novela negra de corte social en España, junto a Manuel Vázquez Montalbán. Bajo el seudónimo de Silver Kane publicó más de 1000 novelas, la mayoría novelas del oeste, aunque también escribió bajo los seudónimos de Taylor Nummy y Silvia Valdemar, así como novelas románticas como Rosa Alcázar y Fernando Robles, siendo su último seudónimo utilizado en
2007-08
el de Enrique Moriel para dos de sus últimas novelas.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a *Sombras viejas*. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de Silver Kane, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en *El Correo Catalán* y, más tarde, en *La Vanguardia*, alcanzando en ambos periódicos la categoría de

redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica *Los Napoleones* y en 1983 *El expediente Barcelona*, novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En 1984 obtiene el Premio Planeta con *Crónica sentimental en rojo* y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y por la calidad de su obra, de proyección internacional.